





revoluciones de nuestro tiempo
MANIFIESTO INTERNACIONALISTA



revoluciones de nuestro tiempo
MANIFIESTO INTERNACIONALISTA



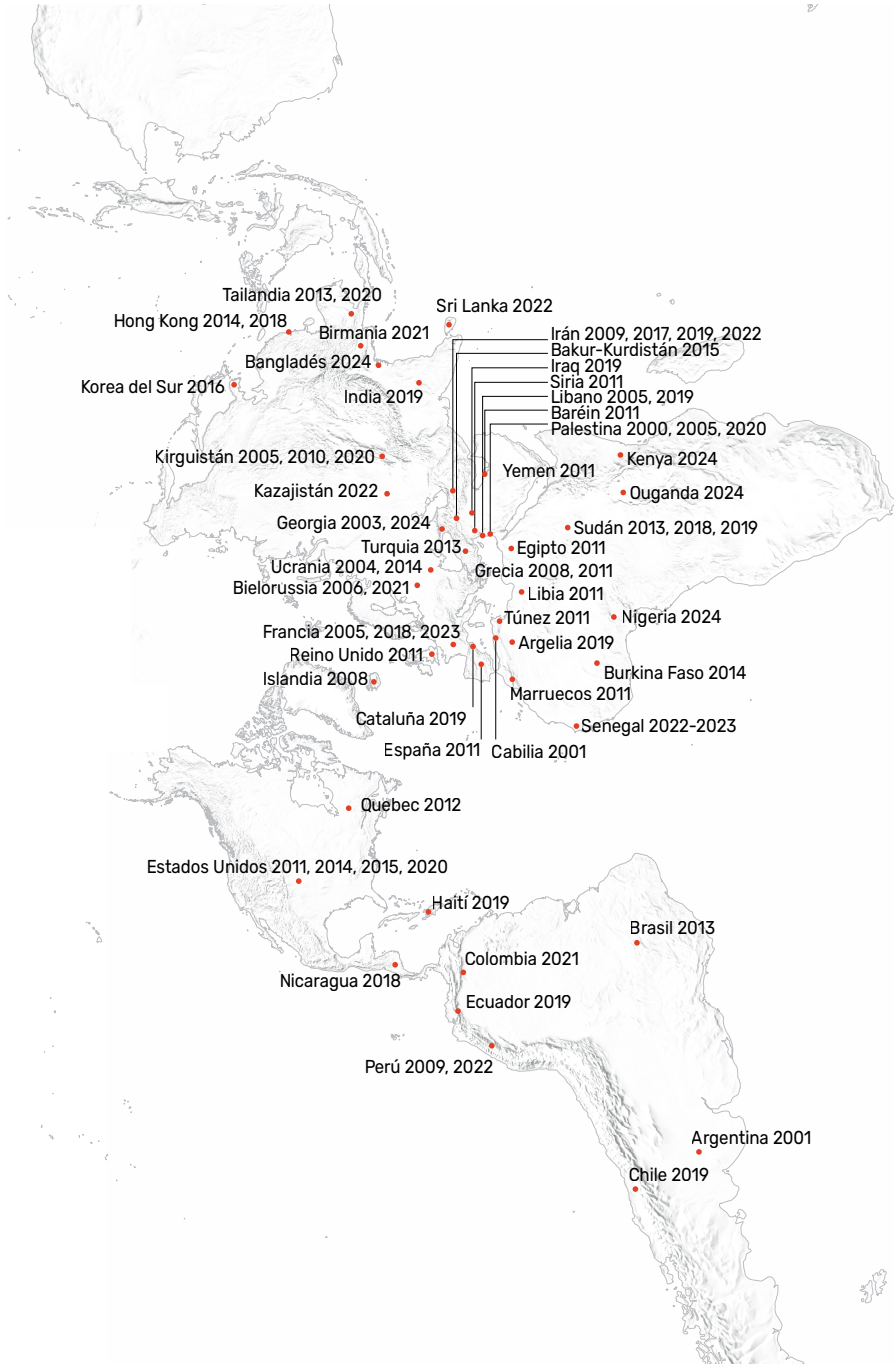
© **Los Pueblos Quieren, 2024**

thepeopleswant@riseup.net

www.thepeopleswant.org

ÍNDICE

prólogo	9
reconocernos	13
el nacimiento de nuestra fuerza	19
encontrar el freno de emergencia	33
convertir el exilio en posición de ataque	45
el internacionalismo desde abajo	57
la caída del Imperio	73
¿revolución?	89
volver a empezar	109



En 2019, personas de todo el mundo se reunieron en un primer encuentro internacional en los suburbios de París. Métropolis colonial y también punto de intersección, París es un lugar de confluencia que ha reunido a personas en exilio de todas partes a lo largo de los siglos. El nombre que dimos a este encuentro buscó ser un homenaje al grito de protesta que lleva conmocionando al mundo desde hace más de una década: “El pueblo quiere la caída del régimen”. Al intercambiar el singular “pueblo” por el plural “pueblos” dábamos voz a un deseo.

Unos años antes, este grito de movilización había llegado a París en el equipaje de revolucionarios sirios. Su encuentro con disidentes locales dio a luz un espacio híbrido llamado “La Cantina Siria”. Cooperativa, comedor popular y espacio de cobijo en el que recuperar el ánimo y las fuerzas, en donde nadie se sintiera aislado y en el que los debates más ardientes se producían en torno a la comida... y la revolución. Un lugar en donde, poco a poco, una comunidad de personas amigas y exiliadas de diferentes países tuvo la oportunidad de conocerse.

Es de esta comunidad que surgió ‘Los Pueblos Quieren’ como un conjunto de encuentros transnacionales a los que, año tras año, acuden revolucionarios de todas partes. Compartimos nuestras experiencias, luchas y lo que estamos intentando construir en nuestros barrios y territorios. Dedicamos tiempo a conocernos mutuamente a lo largo de comidas y celebraciones, discursos inspiradores y discusiones muchas veces difíciles. Pero, por encima de todo, nos permitimos imaginar que el futuro albergaba promesas más allá del pesado manto de represión que nos cubría.

La última de estas reuniones nos lanzó a una nueva senda. Revolucionarios de hasta 40 países asistieron al encuentro y miles de personas fueron a escucharles. Muchas expresaron su deseo de construir algo más duradero, de ir aún más lejos. Este impulso demostró que todavía nos quedaba mucho por hacer y que esto era solo el principio. Así, la cantina continuó siendo una cooperativa, y esta red internacionalista empezó a dibujar su propia constelación.

El proceso de escritura y composición de este texto se inició en el verano de 2023. Consistió en el trabajo conjunto de nueve personas de distintos lados del mundo - Líbano, Francia, Siria, Túnez, Chile, Kurdistán, Irán -, reunidas para redactar un primer borrador. Nueve personas que, cada una a su manera, habían formado parte de las insurrecciones de nuestra época. Y desde Santiago a Beirut, desde Lyon a Buenos Aires, desde el Macizo Central a las colinas de Galloway, pasando por el Valle de Beqaa, distintas versiones de este texto fueron propuestas a revisión y discusión. En el camino, el texto se debatió, transformó, completó, corrigió y se puso patas arribas. Desde espacios de exilio y lucha, al norte, sur, este y oeste, nuestras palabras se entrelazaron con los aportes de participantes en las revoluciones de Egipto, Sudán e Iraq de las revueltas campesinas en India, la ola feminista en Abya Yala, el movimiento en respuesta al asesinato de George Floyd en Estados Unidos, el levantamiento popular en Sri Lanka, la resistencia palestina y ucraniana, y muchas otras.

Dejando a un lado las consideraciones ideológicas, los discursos dominantes previos y la geopolítica retransmitida desde los estudios de televisión, viajamos al encuentro de cuerpos en lucha para luego sumar todas estas experiencias. A través de ellas, y de la claridad que nos aportaron, tratamos de entender lo que está en juego y sacar el máximo provecho de las muchas dudas y aparentes contradicciones que nos rodean, para analizar las fuerzas que nos gobiernan y comprender los desafíos más inmediatos a los que nos enfrentamos. Desde ahí, nos planteamos una serie de objetivos. El recrudecimiento de la guerra abierta - en Ucrania, Sudán, Palestina y el Líbano, por dar cuenta de las

más recientes - y la polarización de la lógica de bloques que trae consigo, se constituyó como uno de los principales obstáculos. ¿Cómo no íbamos a sentirnos fuera de lugar al trazar el mapa de un nuevo internacionalismo en un momento como este, en el que las bombas no cesan de caer a nuestro alrededor?

reconocernos

“Nos costó tanto encontrarnos, no nos soltemos.”

Podríamos recordar nuestra época con las imágenes de su continuo colapso; bosques en llamas, océanos convertidos en cementerios, epidemias, hambrunas e invasiones.

Pero preferimos recordar otra cosa. Preferimos recordar el poder de las revueltas que sacudieron los campos y las ciudades del mundo, sin excepción de continente ni geografía alguna. Recordar cómo, una y otra vez, en medio de la sofocante atmósfera del fin de la civilización, los pueblos del mundo han rechazado el fatalismo. Derrocando gobiernos y regímenes, e incluso cortando algunas cabezas. En este

inicio de siglo, los pueblos han vuelto a llamar a las puertas de la Historia.

Cientos de comisarías incendiadas por manifestantes iraníes. Un millar de edificios públicos atacados en la insurrección de los barrios populares franceses. Enormes barricadas en Maidán, Kiev. Bancos arrasados en la revuelta libanesa. Por todas partes, estallidos sociales violentos como respuesta ante la brutalidad de las humillaciones sufridas.

Aquellas personas que vivieron en sus cuerpos el derrumbe de las estatuas y la invasión de las piscinas presidenciales, recuerdan la rabia. La rabia, sí, pero también la belleza que surge al desafiar el reino de la tristeza. Recordamos nuestros bailes desenfadados que cruzaron todas las fronteras. Recordamos la calidez de una librería autoconstruida en una toma. El murmullo de conversaciones de madrugada alrededor de improvisadas cocinas callejeras. Los muros que se cubrieron de arte, de frases llenas de humor y poesías, de mensajes de amor. Recordamos aquellas multitudes cantando juntas que nada volvería a ser nunca igual.

Pueden volver a pintar los muros y reponer sus estatuas. Pueden condenarnos al exilio, encerrarnos y masacrar a nuestra gente. Pero, en los momentos más duros, más fríos y siniestros que tendremos que atravesar, quedará siempre una llama que arde feroz en nuestros corazones.

Porque en la revuelta, recuperamos nuestra dignidad.

De un continente a otro, desde nuestros exilios, en nuestros viajes y en nuestras luchas, nos hemos encontrado. En el estruendo de enfrentamientos callejeros, en esos gestos - a la vez

similares y diferentes - reproducidos en distintos territorios, en esas palabras que trascendieron los idiomas, nos hemos reconocido mutuamente. Y entendimos que pertenecemos a una única lucha transfronteriza en la cual nos oponemos a poderes organizados internacionalmente. Somos conscientes de que, si seguimos en solitario y en aislamiento, no lograremos nada.

De la amargura de nuestras derrotas y también de nuestra negativa a verlas como un final, ha surgido el deseo de conocernos. Y comenzamos a trenzar una red de conexiones planetarias, desde las primeras líneas a las asambleas populares, desde las huelgas feministas a los comités de resistencia, desde las rotondas y plazas tomadas a los bosques ocupados, descubriendo así una sensibilidad común.

Si los vanguardistas afirmaban ir un paso por delante de las masas, nosotres sabemos que vamos un paso por detrás de los levantamientos populares de los últimos años. Seguimos sus huellas: han sido nuestra mejor escuela. Ahora, lo que queremos es tejer la trama de una experiencia generacional. Por generación nos referimos a aquello que une a quienes, más allá de su edad, género, etnia, religión o lenguaje, han sabido reconocer la aparición de un nuevo ciclo revolucionario, y con él, sentido una sacudida en lo más hondo de sus entrañas y corazones.

Ninguna de las ideologías, ninguna de las hojas de rutas políticas que hemos heredado, es capaz de captar sola el tumulto de nuestro tiempo. No andamos buscando crear una nueva. Pero si nos hacemos una idea del método que nos permitirá encontrar nuevos rumbos, nuevas formas de entender y de acuerparnos. Un método que se llama internacionalismo.

La tarea revolucionaria se ha convertido en parte en una tarea de traducción. Traducir, compartir nuestras diferentes percepciones de la realidad y ponerlas en circulación, son los primeros pasos de este método. Hemos reunido en este texto los principales puntos que han surgido en estos cruces e intercambios. Lo hemos organizado de un modo que pueda resultar útil a cualquiera que desee tomar parte activa en lo que está por venir.

Palestina (2000, 2005, 2020), Argentina (2001), Cabilia (2001), Georgia (2003, 2024), Ucrania (2004, 2014), Líbano (2005, 2019), Francia (2005, 2018, 2023), Kirguistán (2005, 2010, 2020), Bielorrusia (2006, 2021), Islandia (2008), Grecia (2008, 2011), Irán (2009, 2017, 2019, 2022), Perú (2009, 2022), Siria (2011), Marruecos (2011), Libia (2011), Túnez (2011), España (2011), Egipto (2011), Reino Unido (2011), Estados Unidos (2011, 2014, 2015, 2020), Yemen (2011), Baréin (2011), Quebec (2012), Tailandia (2013, 2020), Brasil (2013), Turquía (2013), Burkina Faso (2014), Hong Kong (2014, 2018), Bakur-Kurdistán (2015), Corea del Sur (2016), Nicaragua (2018), Iraq (2019), Cataluña (2019), Ecuador (2019), Chile (2019), India (2019), Haití (2019), Argelia (2019), Sudán (2013, 2018, 2019), Colombia (2019, 2020, 2021), Birmania (2021), Kazajistán (2022), Sri Lanka (2022), Senegal (2022-2023), Bangladés (2024) ...

Esta no es simplemente una lista incompleta e inacabada de las revoluciones de nuestro tiempo. Sino que, detrás de cada lugar, detrás de cada fecha, se esconden cientos de miles de caras, sueños y vidas. El texto que sigue es un homenaje a quie-

nes se alzaron y formaron parte de estos eventos; un homenaje a quienes conocemos, a quienes todavía están por conocer y a quienes no volveremos a ver nunca más. A quienes cayeron porque amaban la vida. Con su presencia y energía como inspiración, hemos decidido tomar de nuevo este camino.

Les dedicamos estas palabras.



el nacimiento de nuestra fuerza

LOS MÁRGENES CONTRA EL CENTRO | DE LOS MÁRGENES
A LOS PUEBLOS | LA CAÍDA DEL RÉGIMEN | EL PLAN QUE
NOS FALTÓ

Un pensador árabe del siglo XV, al ver como su civilización se iba desmoronando a causa del lujo superfluo en el que se recreaba, predijo con preocupación: las periferias acabarán con el Imperio. Y qué mejor imagen para ilustrar esta amenaza que Delhi en 2020, rodeada por una multitud de personas campesinas que llevaban demasiado tiempo siendo ignoradas. Quienes, tras la mayor huelga de la historia de la humanidad - una huelga que convocó a 250 millones de personas - establecieron consejos de organizaciones campesinas, los Mahapanchayat, por todo el país, al grito de: *Los*

Mahapanchayat son los nuevos parlamentos del pueblo, y los intocables estaremos en su centro.

los márgenes contra el centro

Si algo nos han mostrado las insurrecciones de nuestro tiempo, es que no existe un sujeto revolucionario global. Mujeres y disidencias sexuales en Abya Yala, personas baluches o kurdas en Irán, pueblos indígenas en Perú, jóvenes de clase trabajadora en Trípoli. La revolución la han liderado, principalmente, quienes habitan los márgenes.

Estar al margen significa ser parte del todo, pero estar fuera de él. Personas relegadas a las afueras, lo bastante cerca como para seguir alimentando a la máquina, para que esta siga funcionando, pero no tanto como para resultar una molestia. Fuera del centro, pero al servicio de este. Los centros son los espacios exclusivos del poder: el del Estado y las ciudades capitales, el de las empresas multinacionales, el de los colonizadores, los jefes y los patriarcas.

Cualquiera que sea el detonante de una revuelta, esta es limitada cuando quienes la inician no logran movilizar otros tipos de rabia. Los centros son los grandes artífices de nuestra división. Al enfrentarnos a estos, el reto de nuestras insurrecciones es asegurar nuestros encuentros. Encuentros entre quienes habitan los márgenes, pero también con los disidentes de los centros, esas personas que desafían los poderes de los que se benefician, como les habitantes de las metrópolis coloniales que apoyaron y apoyan las luchas de liberación.

Es cuando a un segmento de los márgenes - como les campesines en India, los pueblos indígenas en Ecuador, los estudiantes en Chile o la comunidad negra en Estados Unidos -, les sigue gran parte de la población, que los estallidos consiguen lograr victorias. Incluso cuando estas son parciales y provisionales: la retirada de las reformas que iban a ser impuestas en India y Ecuador, la apertura de un proceso constituyente en Chile, la pseudo-reforma de las fuerzas policiales en varias localidades de Estados Unidos.

En las revueltas populares, los encuentros entre quienes luchan desde los márgenes y los disidentes de los centros tienen un doble filo. En ellos la ambigüedad y las contradicciones se dan la mano. En Estados Unidos, las revueltas provocadas por el asesinato de George Floyd contaron con la participación de gran cantidad de manifestantes blancos. Tras los primeros días de insurrección, algunas de estas personas trataron de crear un cordón de seguridad entre la policía e insurgentes racializadas con el fin de “protegerles”. Sin darse cuenta, su gesto contribuyó a neutralizar una legítima rabia de quienes protestaban y a restablecer las barreras raciales que el estallido social había conseguido, aunque solo fuera momentáneamente, tornar menos rígidas. Nada es evidente en los encuentros entre disidentes de los centros y luchadores de los márgenes. Y los diferentes segmentos que componen los márgenes también están llenos de desencuentros. Pero los momentos de revuelta son oportunidades únicas para desplazar, redibujar o eliminar las barreras entre entornos sociales usualmente compartimentalizados.

En los casos en los que no se dieron tales encuentros, las revueltas se multiplicaron en oleadas sucesivas, pero, en cierto punto, comenzaron a dispersarse, fragmentarse o fueron sofocadas. Esta fue la situación en Irán, en donde fueron principalmente las clases medias desclasadas las que se rebelaron en 2009, y los hombres de clase trabajadora en 2017 y 2019. Pero no fue hasta el 2022 que el régimen se tambaleó, cuando todos los miembros de la sociedad se levantaron para apoyar a las mujeres. En Francia, disidentes blancos de los centros no se unieron a los jóvenes de los barrios de clase trabajadora en 2005 ni 2023; la clase media y las organizaciones sindicales participaron apenas en las revueltas de los Chalecos Amarillos en 2018. Sin estos encuentros, los sistemas aguantan y los gobiernos ganan tiempo.

de los márgenes a los pueblos

En el corazón de París, durante la noche revolucionaria del 1 de diciembre de 2018, tras haber tirado abajo las puertas del antiguo edificio de la Bolsa, un adolescente negro, de pie junto a un manifestante blanco en un chaleco amarillo y a un activista de origen marroquí, grita entusiasmado: “¡Somos nosotros, el pueblo... Wallah (*lo juro por Alá*), somos nosotros, el pueblo!”

La revuelta dismantela las divisiones generadas por los centros; restaurando así al pueblo. En Sudán, fue a través de las marchas revolucionarias del 2019 y la ocupación de la plaza al-Qiyada que personas de todo el país se juntaron y compartieron sus experiencias de injusticias que afecta-

ban a todas, aunque de formas distintas. Fue al alzarse que se encontraron cantando al unísono, por primera vez: “¡El pueblo elige la unidad!”

La revolución destruye el concepto de pueblo creado y solidificado por los relatos nacionales, las ideologías fascistas o el activismo dogmático. Mediante estos llamados a la unidad, los márgenes insurrectos reinventan al pueblo de acuerdo a sus propias realidades. Esto explica por qué, en Francia, un movimiento mayoritariamente blanco como el de los Chalecos Amarillos ganó tanta fuerza entre las poblaciones colonizadas de Guadalupe (*Gwadeloup*) o La Reunión (*La Rényon*). O por qué una mujer negra, el hijo de un inmigrante portugués y una joven romaní estuvieron entre las principales voces del movimiento. Y también por qué el pequeño comerciante y una mujer de clase trabajadora fueron capaces de sostener en conjunto una barricada. En Sri Lanka, la revuelta social de 2022 agrupó a monjes budistas, personas queer, cingaleses y tamiles, revelando al pueblo como lo que es: plural y en devenir constante, con fricciones y tensiones.

Entretejer los distintos fragmentos que constituyen los márgenes es un proceso que se lleva a cabo tanto a través del discurso como por las prácticas. Les revolucionaries árabes en Siria son conscientes de ello cuando utilizan la palabra kurda “azadi” (*libertad*) como llamado a los pueblos kurdos. Les azeríes iraníes lo saben cuando cantan “Kurdistán, los ojos y la luz de Irán” con el ánimo de aunar minorías históricamente antagonistas. Asimismo con el uso de las banderas mapuche en las manifestaciones de Chile del 2019, o la de Cabilia duran-

te el Hiraq argelino. En el fragor de las revueltas, estos gestos fueron todos una manera de *ampliar el pueblo*.

Sin embargo, no hay un segmento marginal capaz de unificar la diversidad del pueblo de manera indefinida. La unidad no se consigue a través de visiones de cambio o convicciones ideológicas, sino que al compartir las experiencias vividas desde los márgenes: las prácticas de rebeldía, la resistencia frente a la opresión y la organización de la supervivencia más inmediata. Mientras los regímenes persisten en sus implacables esfuerzos por dividir el movimiento por todos los medios posibles, las separaciones preexistentes también aparecen de nuevo a la mínima oportunidad, debilitando la unión nacida en la revuelta. ¿Cómo podemos mantener nuestra unidad más allá del estallido?

Un pueblo siempre es muchas cosas a la vez. Puede ser engañado, ser oprimido. Puede participar en su propia derrota o en la de otros. Puede estar dividido, con partes de él peleando entre sí. Pero un pueblo también puede, en algunas ocasiones, unirse y movilizarse en torno a una voluntad colectiva de liberarse de la clase política que le gobierna. Lo que determina cuál de estos posibles surge es la relación entre el pueblo sublevado y sus diversos fragmentos. A pesar de los obstáculos y contradicciones, es precisamente la unión de las distintas partes de los márgenes con los disidentes de los centros, por efímera que resulte, que logra dar cuerpo a un nuevo significado del pueblo. Un pueblo con potencial revolucionario.

la caída del régimen

Los regímenes de Egipto, Túnez y Ucrania cayeron. Los gobiernos del Líbano, Sri Lanka e Iraq fueron derrocados. Y a pesar de ello, incluso cuando los movimientos sociales parecían temporalmente victoriosos, ninguna revuelta logró prevenir el regreso del orden establecido o la llegada de un mal peor. Insurgentes de todas partes aprendieron la lección de que reemplazar un gobierno o una constitución no equivale a amenazar al poder. Las revueltas sociales no llegaron a atacar la médula del sistema.

Una revolución es la irrupción de un movimiento real, la reafirmación de aquellos a quienes se les ha arrebatado su humanidad y desposeído de su fuerza. En este sentido, es una muestra evidente para los centros como para los márgenes que el status quo no puede continuar. Supone una fractura en la legitimidad de los poderes establecidos. Pero ¿qué hacemos con esta fractura?

En 2022, Sri Lanka se vio al borde del colapso. Se ocuparon los edificios oficiales, el presidente huyó del país y las fuerzas armadas no se atrevían a intervenir. De alguna manera, la revuelta había ganado la primera ronda. Pero al no saber qué hacer con los ministerios, les revolucionaries los devolvieron. Al igual que en otras partes, la sorpresa ante su propia victoria fue lo que derrotó a la revolución.

Cuando las revueltas se ven afectadas por estas parálisis, políticos y tecnócratas de todas las tendencias no pierden la oportunidad que ofrece nuestra debilidad. Los Hermanos

Musulmanes en Túnez y Egipto, los jefes militares de Libia y Argelia, la “oposición” oficial del Consejo Nacional Sirio: la manada de oportunistas no esperó siquiera a que termináramos de llorar a nuestras muertas o cuidar de nuestros heridos. Mientras nuestras barricadas seguían aún en pie, se convocaron para negociar un “desenlace político”, sinónimo del final de la revuelta.

¿Cómo olvidar a Boric, electo luego presidente de Chile, apresurándose por los pasillos del congreso nacional en 2019 mientras la multitud seguía paralizando las calles del país, para firmar junto con los partidos políticos gobernantes un “acuerdo por la paz y la nueva Constitución” que sirviera para contener la revuelta y limitar cualquier cambio radical al sistema? Como suele ocurrir, el juego institucional intervino para restaurar el orden y prevenir que el país se lanzara a lo desconocido. “Si Piñera cae, caemos todos”, dijo lúcido un senador chileno de izquierdas. Los políticos y burgueses tanto de izquierdas como de derechas han optado siempre por un cambio cosmético con lo mínimo requerido para evitar la llegada de una revolución que amenace realmente su poder y posición. Para evitar la posibilidad de una revolución que pueda calar más hondo.

Durante la insurrección del Maidán en Kiev en 2014, las puertas del ministerio se cerraron de golpe una vez que el régimen fue derrocado en las calles. Los partidos de la oposición corrieron a proponer un “gobierno transicional”, al que pasearon por la tribuna central de la plaza ocupada para reafirmar su legitimidad. Les insurgentes no se dejaron engañar pero, con el

agotamiento tras tres meses de revueltas, la artimaña funcionó. Pensaron que podrían controlar al nuevo gobierno de cerca e incluso propusieron diputados “populares”. Presionaron al nuevo gobierno ocupando varios ministerios para llevar a cabo un cambio institucional y amenazaron con iniciar otro Maidán. Sin embargo, el gobierno transicional fue sobre todo una señal para que la gente capitulara y volviera a casa.

Para que las revueltas en Sri Lanka, Chile o Ucrania hubieran podido convertirse en algo más, habría sido necesario hacer frente a la incertidumbre de no saber de cómo se va a conseguir comida, gasolina y medicinas, o cómo defenderse de una agresión militar extranjera. Para lograr sobrevivir y vivir, se necesitaría tener respuestas a preguntas de un calibre que, por el momento, se encontraba fuera de nuestro alcance: ¿Qué hacer con las instituciones estatales, los organismos internacionales, el ejército o la deuda externa? ¿Cómo superar estos obstáculos sin crear nuevas dependencias? La historia nos ha enseñado que, a menudo, las concesiones llevan a cesiones; es decir, otras versiones de lo mismo, en lugar de alternativas reales. Pero entonces, ¿cómo podemos seguir luchando sin caer en la desesperación?

Para lograrlo, necesitamos más que certezas materiales. Lanzarse a lo desconocido es un acto de fe. Es algo que se hace cuando sientes que ya no queda otra opción. O algo que haces por convicción; cuando crees en algo tan profundamente que sientes que merece la pena correr el riesgo. Pero ¿en qué creemos exactamente? ¿Cuál es nuestra respuesta ante la incertidumbre? Los días en los que el socialismo era un

horizonte al centro de toda revolución se han terminado. Sin un mapa o una brújula que nos guíe, las revueltas se dejan caer en lo que está disponible, es decir en manos de quienes tienen ya un plan. Las facciones reaccionarias tenían uno, los liberales y militares también. Y quienes hemos puesto en marcha los procesos revolucionarios - y seguimos libres o vivos - somos apartadas a un lado y solo nos queda observar, comentar y criticar.

el plan que nos faltó

Lo más irónico es que, quizá, ese plan estuvo siempre ahí, delante de nuestros ojos.

Se ha hablado mucho del carácter horizontal y descentralizado de nuestras revueltas. De cómo las grandes organizaciones tradicionales no estaban, o eran incapaces de monopolizar el “liderazgo” de los movimientos emergentes. La gente de izquierdas de todo el mundo parecía desbordada por la intensidad e imaginación de esta oleada de estallidos.

Como resultado, cada lucha, cada revolución, vio surgir, con independencia de las directrices de este o aquel líder, partido u organismo, nuevas formas de organización popular adaptadas a las necesidades de cada revuelta. Plazas, edificios o universidades ocupadas en Grecia, Egipto, Líbano, Iraq, Sri Lanka y Hong Kong; Consejos locales en Siria y Comités de resistencia en Sudán; asambleas territoriales en Chile y Colombia; rotondas tomadas por los Chalecos Amarillos en Francia; asambleas feministas por todo el mundo.

En cada una de estas experiencias, tuvimos que organizar la ofensiva y la vida cotidiana en revuelta. Realizamos asambleas para discutir la estrategia, preparamos bloqueos de autopistas y calles, manifestaciones e irrupciones en los centros del poder. Tratamos de organizar la seguridad y auto-defensa, geolocalizar las fuerzas represivas, preparar defensas legales y cuidar de quienes habían sufrido daños o heridas. Construimos campamentos y cabañas, cocinamos en ollas comunes, creamos jardines y huertas comunitarias. En todos lados, intentamos incrementar nuestras fuerzas y posibilidades de acción.

En Siria, los revolucionarios fueron aún más lejos. En aquellos territorios en los que el régimen había sido destituido, grupos de insurgentes se las arreglaron para hacer funcionar ciudades enteras, hospitales, molinos, centrales eléctricas y distribuir comida durante varios años. Los cientos de Consejos locales que se formaron en los territorios liberados son testimonio vivo de que el futuro de Siria no estaba ni en manos del Consejo Nacional de Oposición en el exilio, ni en las de grupos armados. A pesar de ello, los revolucionarios no se atrevieron a afirmar que eran ellas, ellos y ellos quienes, de hecho, estaban construyendo una alternativa al régimen. Que eran la demostración a través de sus acciones que incluso bajo las bombas, aislados del mundo y enfrentados a una represión implacable, los pueblos son capaces de gobernarse a sí mismos.

En una revolución siempre habrá fuerzas que no dudarán en instalarse en los ministerios y quedarse con los palacios. Su prioridad siempre será acabar con formas emergentes de

organización popular. Formas que, además, las fuerzas constituidas a escalas nacionales e internacionales muchas veces no reconocen como una opción legítima o seria, y son apartadas. Ante estos obstáculos, no hemos sabido o no hemos querido influenciar el resultado de las revueltas. Y hemos fracasado a la hora de establecernos como *poder*.

En Sudán, durante la última década de luchas (2013-2023), también se establecieron Comités de resistencia en cada ciudad y barrio, los que organizaron tanto las movilizaciones como la solidaridad popular. Año tras año, revuelta tras revuelta, fueron ganando fuerza y experiencia. Tras la deposición del presidente Omar al-Bashir, algunas organizaciones de la oposición decidieron participar en un consejo transitorio cívico-militar. En su mayoría, los Comités de resistencia se opusieron a esta decisión para permanecer fieles al mandato de la revolución de eliminar todos los poderes vinculados al ejército. Como resultado, ellos representaron la legitimidad popular. Liberados de las organizaciones de la oposición y reforzados por el respaldo popular, esos cientos de comités redactaron y después votaron una propuesta para el futuro del país: la *Carta para el Establecimiento del Poder Popular*. Fue únicamente en Sudán que los espacios de base del movimiento popular se atrevieron a reclamar su poder revolucionario. En otros procesos, los poderes populares emergentes fueron generalmente reducidos a un medio para lograr la revolución, en lugar de entenderlos como una combinación singular de su medio y su fin. Como una prefiguración de un posible futuro revolucionario.

Estos experimentos ofrecen sabias lecciones para las revoluciones presentes y futuras. Y entran a una larga historia de poderes populares. Actualizan así esta historia omitida de los manuales escolares; la de los Comandos Comunales y Cordones Industriales en Chile (1970-73), los Quilombos de Brasil (1550-2024), los clubes de “sans-culottes” en la Revolución Francesa (1789-93), los Caracoles de Chiapas y los Consejos de Trabajadores de Rusia y Baviera (1905, 1918-1919), la Comuna de París (1871), Morelos, (1913) y Kronstadt (1921). Y de muchas otras más.

Hemos atravesado una era de insurrecciones aún abierta. Lo que algunos se apresuraron a denominar derrota, lo vivimos como el nacimiento de un movimiento planetario de revoluciones por la dignidad. Encaramos directamente nuestros fracasos y, desde ahí, nos preparamos para las victorias que están por venir. Nuestros puntos de partida son todos aquellos lugares en los que el poder popular ha logrado renovarse, a veces de manera efímera, en otras de forma tenaz, para devolvernos nuestra fuerza.



encontrar el freno de emergencia

DETRÁS DE TODO FASCISMO, HAY UNA REVOLUCIÓN FALLIDA | TIEMPOS AGOTADOS | ESTADOS DE EMERGENCIA | VISUALIZAR EL HORIZONTE

El inicio de esta última década señala una simple, pero dolorosa, verdad: conforme la revolución avanza, la contrarrevolución se endurece.

Las recientes revueltas han mostrado a todos los regímenes, independientemente de su naturaleza, su desfase radical con respecto a las aspiraciones populares. Y el riesgo que significan. Al ser incapaces de reavivar la fe en sus proyectos moribundos, la primera reacción de los poderes establecidos fue el terror. Nuestras revueltas han dejado a su paso tantos mártires, tantas personas prisioneras y exiliadas. La militarización de

los territorios y la criminalización de la protesta se intensifica, mientras tanto, las desapariciones forzadas y la tortura se multiplican. Para añadir a estos horrores a escala nacional, generales rusos, iraníes, franceses y estadounidenses corrieron al lecho de los gobiernos amenazados. Gas lacrimógeno, bombas y la experticia policial francesa para “mantener el orden” fueron enviados a Ben Ali en Túnez, policías alemanes y ciberseguridad israelí a Piñera en Chile, milicias iraníes y bombas rusas a Bashar al-Assad en Siria. El aplastamiento de nuestras revueltas no fue solo nacional, fue internacional.

Una vez extinguidos los estallidos, lo que sobrevive, gana fuerza y hasta se organiza, es a menudo algún tipo de reacción. En todos lados, las clases dominantes defienden sus intereses ferozmente, cueste lo que cueste. Alrededor del mundo, las fuerzas organizadas que parecen sacar el mejor partido de las revueltas son conservadoras en el mejor de los casos, y fascistas en el peor. La ola de insurrecciones de la última década ha sido detenida por una respuesta implacable a gran escala: un intento mundial de contrarrevolución.

detrás de todo fascismo, hay una revolución fallida

La contrarrevolución no solo es una operación global de contra-insurgencia. Tampoco es simplemente una restauración, una vuelta al antiguo régimen o el restablecimiento de un orden social golpeado por el conflicto y la revuelta. Construye activamente un nuevo orden de acuerdo a sus propias necesidades. Moldea mentalidades, comportamientos culturales, gustos,

hábitos y costumbres. Actualiza las formas de control y las técnicas represivas, protegiendo los intereses del capital en todas partes. Y hace algo más: la contrarrevolución utiliza los mismos presupuestos y tendencias en los que se basa la revolución; ocupa el terreno de su adversario y da otras respuestas a las mismas preguntas. Reinterpreta la revolución a su manera.

A medida que las revueltas son aplastadas, dispersadas y aisladas, las cabezas de la hidra que creíamos haber cortado vuelven a crecer lentamente. Ya sea a través de los disfraces decoloniales de Putin o Xi Jinping, las rebeliones “antisistema” de Trump o Bolsonaro, la guerra del “mundo libre” por la “democracia”. Las clases dominantes de todas partes tratan de aprovechar las aspiraciones de los alzamientos populares precisamente para impedir su retorno. En Argentina, el “¡afuera!” de Milei se hace eco del “¡Que se vayan todos!” de principios de siglo. La mejor manera de aplastar el deseo de libertad es presentarse a sí mismo como un libertador.

En 2024, Donald Trump participa en mítines dónde se co-dean eslóganes como “sé ingobernable” y “deportación masiva ya”. Si los fascistas son nuestros enemigos acérrimos, no es solo porque su proyecto político es totalmente contrario al nuestro. Lo son porque defienden su proyecto disfrazados de revolucionarios, alimentándose de impulsos y aspiraciones de la revuelta popular mientras constituyen el último recurso de los centros para mantenerse en pie. Putin, Meloni, Le Pen, como muchos otros, se aprovechan de la frustración y la humillación de la clase trabajadora precarizada, socavada por los cambios recientes en el capital, para consolidar su posición

contestataria al servicio de la defensa del sistema. Ellos claman que quieren cambiar todo para que en realidad nada cambie. Y hoy, vemos como los reaccionarios se están radicalizando, mientras los progresistas se tambalean en la moderación.

No es coincidencia que los fascistas tengan tanto odio hacia los movimientos queer y feministas. El fascismo les considera un adversario capaz de crear un anhelo de emancipación que podría potencialmente amenazar el orden establecido. Les y las feministas del Sur han convencido a millones a unirse a sus movimientos, gracias a su reclamo radical de empoderamiento y determinación de cambiarlo *todo*, transgrediendo las normas de género, clase, geografía y edad. El movimiento queer es uno de los pocos que continúa atreviéndose a soñar. Al romper con la lógica binaria en la que se basa todo poder, han transformado el imaginario en un arma y el deseo en una fuerza. Al poner al cuerpo como centro de la transformación, la revolución queer es uno de los pocos movimientos que obstaculiza la visión fascista y encarna otros futuros posibles. Pero, como tantos otros movimientos antes que ellos, están siendo instrumentalizados por las facciones progresistas y liberales del Imperio, que intentan desactivarlos y transformarlos en un accesorio cultural inofensivo.

¿Es posible acaso creer que los supremacismos arrolladores de Trump, Modi o Netanyahu pueden ser derrotados por argumentos fundamentados, un informe del IPCC, el chequeo de información del New York Times o una votación en la ONU? Cada vez que se aventura a este terreno, el progresismo es objeto de más burlas y descrédito, y, por lo tanto, es contrapro-

ducente. La resignación de los socialdemócratas que afirman que no se puede cambiar nada, incluso tras ganar elecciones, allana el camino de la subversión fascista que solo tiene que cosechar el legítimo enfado y las almas perdidas de las revueltas. Desde Washington a Brasilia, hasta ahora no ha habido nada más que parodias de la insurrección. La próxima vez podría ser mucho más seria.

El resurgimiento de nacionalismos xenofóbicos y los ataques sistemáticos a los derechos de las mujeres y de las disidencias sexuales y de género son el resultado de una ofensiva a escala global bien elaborada; la de una internacional neofascista. Las numerosas, tensas y gesticulantes caras del poder pueden diferenciarse en apariencia, pero todas pertenecen a un mismo monstruo ya que, más allá de sus aparentes conflictos y enemistades, estas fuerzas comparten un mismo objetivo: sostener el poder de los centros, a cualquier precio. Para conseguirlo, ninguna masacre será demasiado costosa. Al contrario, la guerra siempre ha sido el método preferido para contener la revolución.

tiempos agotados

En todas partes hemos caído en un estado de emergencia. De todos los regímenes cuya desaparición podríamos desear, es uno de los más tenaces y multiformes. Está indeleblemente grabado en nuestras formas de vida, de organización y de lucha.

Existen urgencias inmediatas que nos empujan a la acción, porque ya no es posible soportar las cosas como están. No tener

suficiente para comer, arriesgarse a morir o a ser violada en cada esquina, no encontrar un hogar dónde vivir, afrontar la humillación con cada nuevo trámite administrativo, exponerse a los golpes en cada control de identidad, temer que no haya suficiente agua para cultivar, que la tierra se convierta en arena...

La precarización de la vida nos sumerge en una rutina diaria agotadora, llena de imperativos que no podemos siquiera empezar a resolver antes de que otra urgencia se presente. Estas emergencias monopolizan nuestro tiempo y nuestra energía. Las enfrentamos en soledad o en los confines de nuestras redes de vínculos, que también están exhaustas y confrontadas a las mismas cadencias de sobrevivencia. Estas presiones diarias nos obligan también a ritmos insostenibles para mantener las luchas vivas, para protegernos o para evitar el aplastamiento, lo que requiere de cada vez más energía para *existir*.

Los gobiernos, como respuesta cínica a las urgencias mencionadas aquí, instalan estados de emergencia para recordarnos lo vulnerables que somos sin su protección. “Crisis económica”, desastres “naturales”, “agentes extranjeros”, “amenazas externas”, “crisis migratorias”. El *estado de emergencia* es utilizado por todos los regímenes, desde el más democrático al más despótico, como medida de excepción al *estado de paz*.

La “ley de emergencia” (*Qanun al-Tawari*) gobernó la vida diaria del pueblo sirio durante casi 40 años antes de la revolución. Oficialmente formalizada para contrarrestar la amenaza militar de Israel, ha sido siempre utilizada para reprimir cualquier disidencia interna. Unos meses antes del inicio de la insurrección, fue transformada en “ley an-

terrorismo”, pero siguió siendo utilizada contra cualquier oposición al poder, justificando masacres y bombardeos. En Chile, el estado de emergencia permitió a Piñera desplegar a las fuerzas militares contra los pueblos en revuelta. Durante las últimas dos décadas, el uso de la emergencia como justificación legal para la ausencia del estado de derecho se ha diseminado hacia todos lados, con la excusa de responder tanto a ataques terroristas como a pandemias, estallidos sociales o desastres naturales.

estados de emergencia

Si la política es la continuación de la guerra por otros métodos, entonces gobernar y librar guerras son dos lados de la misma moneda. El Estado-nación, con su particular manera de estructurar el poder, de manejar la población y de controlar los territorios, ha conquistado casi todo el globo por medio de guerras de colonización. Sin embargo, la manera en la que el poder es ejercido y las poblaciones son controladas no es la misma de un Estado a otro, ni de una región del mundo a otra.

El funcionamiento del aparato del Estado es diferente para una antigua potencia colonial asentada sobre la riqueza que arrebató al resto del mundo, que para un Estado recién descolonizado bajo la influencia de poderes superiores que buscan acaparar sus recursos. El grado de violencia infligido por el Estado sobre “su propia población” viene determinado por los medios materiales (como la renta colonial, del petróleo, del extractivismo, u otras fuentes financieras) que las élites

nacionales tienen a su disposición para comprar la paz social antes de recurrir a la fuerza bruta.

El socialismo, el Estado de bienestar y la socialdemocracia, en los lugares donde han existido o existen, fueron intentos de conectar la cuestión del Estado con la soberanía popular de manera diferente. Además de su monopolio sobre la “violencia legítima” y la defensa territorial, al Estado también se le confió el bienestar de la ciudadanía, la redistribución de parte de las riquezas y el proveimiento de servicios a la población. Cada uno de estos intentos, resultados de procesos ya sean revolucionarios o reformistas, han generado una expansión del apoyo popular a la estabilidad del Estado.

Pero la era de las utopías sociales se ha terminado claramente. Ya casi nadie intenta prometernos un futuro feliz. Amenaza conspirativa del “Gran reemplazo” adoptado por racistas blancos. Sociedades controladas por inteligencias artificiales autoritarias. Colapso inminente de las condiciones de vida en la Tierra. En todas partes, las distopías han sustituido a los grandes sueños y proyectos del futuro. Y cuando los partidos tradicionales de izquierdas intentan reencantarnos desempolvando sus programas políticos y promesas de cambio, lo hacen sobre todo por la urgencia cíclica de frenar a la extrema derecha.

La “guerra contra el terrorismo” lanzada por los Estados Unidos inauguró el siglo XXI. El pretexto de la amenaza difusa, omnipresente y siempre inminente del terrorismo ha justificado todas las guerras, todas las medidas de control y todo tipo de excepciones dentro y fuera del país. La “guerra contra el narcotráfico” en México, la “desnazificación de Ucrania” por

Rusia, la “erradicación de Hamás” por Israel, la “anihilación de la conspiración sionista-wahabí” en Siria, el “aplastamiento del terrorismo kurdo” en Turquía, el fin del “secesionismo tuareg” en Mali, el “desmantelamiento del terrorismo mapuche” en Chile. Todas son formas de aprovechar amenazas – algunas reales, otras inventadas – para desviar las tensiones sociales hacia la lucha contra un “enemigo” común, última garantía de la unidad nacional. Una protesta interna demasiado fuerte pasará rápidamente al rango de «enemigo interno» si no se conforma con el marco de negociación que se le concede. El Estado siempre se presenta como una «ciudadela sitiada», siempre amenazada por fuerzas hostiles en su interior o a sus puertas. Basa su autoridad en aquello mismo que lo amenaza.

La emergencia se ha convertido en una relación con el mundo. No nos deja más que diferentes formas, más o menos autoritarias, de gestionar un desastre inevitable. Convocada tanto por fuerzas políticas, sindicatos y asociaciones, como por los Estados que la utilizan para sus fines propios, la emergencia se ha convertido en el argumento universal de la política. La única manera de gobernar o militar (donde aún es posible) es bajo su mandato. Este imperativo enmascara las diferencias, los conflictos y las desigualdades. Todos involucrados, en un mismo barco; igualmente víctimas, igualmente responsables, igualmente movilizables.

Responder a la «emergencia social», llamar al «estado de emergencia climática», correr de una causa a otra, de la movilización contra un proyecto ecocida a la movilización contra reformas estatales, pasar de una campaña humanitaria a la

campana antifascista. Cada una de estas luchas, por importantes que sean, absorbe toda nuestra energía disponible. A falta de estrategia, nos agitamos de acá para allá, vacilando sin orientación.

visualizar el horizonte

Militarización de las ciudades, rápidos cierres de frontera, controles de policía cotidianos, vigilancia electrónica en tiempo real, restricciones de todos los movimientos, arrestos domiciliarios... La gestión de la pandemia del COVID-19 demuestra que implantar medidas autoritarias es perfectamente factible a gran escala y durante un largo periodo. Basta un argumento bien elaborado o una crisis bien aprovechada para reactivarlas cuando sean necesarias.

Desde hace algunos años, temas que nunca habían sido objeto de atención mediática, ocupan los titulares: la esterilización de los mares, bosques australianos y brasileños en llamas, huracanes e inundaciones devastadoras. El desajuste entre las posiciones y las acciones de los gobiernos y la probada gravedad de la situación están claros para todo el mundo. La ecoansiedad se ha convertido para muchos en el mal de una época. Y es otro factor determinante de la parálisis general. Cuando escuchamos sobre guerras, hambrunas, desastres humanitarios y mega-incendios todo el día, entramos en estado de aturdimiento. Es comprensible que, para sobrevivir, ignoremos esta información y sigamos con nuestras vidas. A medida que se nos recuerda nuestra impotencia, nos ve-

mos reducidos una vez más a entregarnos en un improbable sobresalto de los dirigentes del mundo; y como única acción posible, presionarles.

La emergencia ecológica que vivimos y percibimos en nuestros territorios es sin duda una poderosa fuerza movilizadora cuando se identifican objetivos concretos y se trazan estrategias de acción. El llamado a responder a la emergencia climática es utilizado en parte por los defensores de los territorios, por las organizaciones políticas y los movimientos ecologistas, para llamar la atención, aumentar sus fuerzas, legitimar formas de movilización más radicales y crear convergencias populares sin precedentes. Pero, a medida que estas emergencias se generalizan y amenazan los intereses de las clases dominantes, pueden ser cooptadas por estas y pierden su potencia de convocatoria. La ecología, por ejemplo, ha permeado el discurso político liberal y de derechas, y ya empezamos a escuchar los argumentos de un nuevo giro autoritario al estilo del Partido Comunista Chino para responder al colapso ecológico.

Las juventudes de los centros están abrumadas por las imágenes de su futuro trágico. Las de los márgenes se encuentran además de espaldas al muro de un presente insostenible, donde no caben sus sueños. De ambas formas de estar suspendidas en el mundo resulta una desconexión, repetidamente renovada, entre las respectivas situaciones. Depende de nosotros proponer otras formas de habitar el tiempo que nos queda.

Restablecer nuestro propio marco temporal. Recuperar en conjunto el tiempo y crear los espacios para pensar y construir

nuestra propia manera de accionar el freno de emergencia. Tanto si vivimos en una sociedad que ya se derrumba bajo el impacto de la guerra, una catástrofe natural o la economía de mercado, como si vivimos en el corazón sofocado de una fortaleza occidental acechada por la perspectiva de su derrumbe, la única manera de avanzar es elaborar un plan común que atraviese todas nuestras situaciones. Y preguntarnos:

¿Cuáles son las características de esta emergencia? ¿Qué ventaja nos da? ¿Cuánta fuerza proporciona y cuánta energía drena? ¿Qué se gana en la carrera por jerarquizar las causas de la emergencia? ¿Qué argumentos desmesurados brindará algún día a nuestros enemigos?

La “emergencia” como mandato para actuar, es siempre una maniobra para ganar apoyo e imponer una agenda. No cabe duda de quienes tendrán los medios para controlarla en última instancia. Para los movimientos populares, la urgencia es siempre el prelude de la dispersión y el agotamiento a corto plazo. Necesitamos lo contrario; concentrar y medir nuestras acciones para acertar allí donde puedan marcar la diferencia.

Sin negar los imperativos que nos presionan y los que nos paralizan, organizarnos frente a una ofensiva contrarrevolucionaria de esta escala implica redescubrir nuestros horizontes. Construir, paso a paso, a través del tiempo, los vínculos y la fuerza que necesitamos para evitar la derrota en los estallidos insurreccionales que se avecinan.

convertir el exilio en posición de ataque

CAMINOS MORTALES | LA LLEGADA | MULTIPLICAR LAS
CIRCULACIONES

Cada intento de revolución e insurrección deja en el camino una nueva generación de exiliadas. En Bagdad, El Cairo, Calí y otras partes, los levantamientos han dejado atrás a personas que ya no pueden volver a su vida anterior. No solo por la profunda conmoción existencial por lo vivido, sino que por el costo de la lucha. Una revuelta siempre deja consecuencias. Además de la derrota, muchas pagan el precio de su rebeldía con traumas, la prisión, tortura e incluso la muerte. Otros experimentan el dolor de abandonar sus tierras y seres queridos. Nuestra década de levantamientos envió a toda una

generación de personas sirias, sudaneses, iraníes, haitianas y hongkoneses a los caminos del exilio; uniéndose a los kurdos, palestinos y tamiles de generaciones anteriores.

El exilio no es solo el resultado de la represión política. También ocurre cuando una persona se ve obligada a abandonar su país para sobrevivir o en busca de una vida mejor, porque su hogar se ha vuelto muy peligroso, el precio de la vida demasiado caro y la tierra menos abundante. Irse para dar un futuro a sus hijos; huir de un país para vivir sus creencias o su sexualidad en otro lugar. En todos los márgenes habitados, especialmente en los países del Sur, puede ser demasiado arriesgado quedarse en su lugar. La “crisis” migratoria está recién empezando. El cambio climático provocará desplazamientos masivos, a medida que los recursos escaseen y grandes zonas del mundo se vuelvan inhabitables. Paradójicamente, la proliferación de fronteras y de dispositivos de selección de migrantes, solo refuerza el deseo de marcharse, en lugar de desalentarlo.

Frente a la dominación, la explotación y la humillación, tenemos tres opciones: sobrevivir, huir o rebelarnos. En Senegal, Haití o el Líbano, la ira popular se multiplica a medida que la gente se marcha. Las distinciones inequívocas entre migrantes «económicos», exiliados «políticos» y, dentro de poco, refugiados «climáticos» solo tienen sentido para los gobiernos y sus administraciones.

La revuelta y el exilio son respuestas diferentes a problemas que tienen el mismo origen: el deterioro exponencial de las condiciones de vida y la proliferación de Estados represivos. Desde el comienzo del siglo, pueblos de todo el mundo han

vuelto a levantarse en contra de los responsables de su miseria. Las clases dirigentes, ya sean mundiales o locales, autoritarias o liberales, están obsesionadas por mantener su poder y sus riquezas ; riquezas robadas en una explotación sin fin de los cuerpos-territorios de los márgenes. ¿Cómo sorprenderse que algunas de estas personas quieran llegar a los centros y reclamar lo que les ha sido saqueado?

caminos mortales

Cuando decidimos o somos obligados a abandonar nuestros territorios, comienza una nueva batalla. Los caminos del exilio son cada día más hostiles. Los cementerios marinos del Mediterráneo o del Canal de la Mancha, los caminos de la muerte que atraviesan selvas, montañas y desiertos de Abya Yala, el Sáhara que muchos migrantes de África cruzan arriesgándose a la esclavitud en Libia. El exilio es mortal y, como las revueltas sociales, es un acto de rechazo. Te rebelas o te vas. Y a veces te sublevas para luego irte, porque no puedes o no quieres aguantar lo que estás viviendo. Huimos porque, a pesar de todos los riesgos, a veces es más seguro que quedarse.

Los gobiernos se obstinan en hacer todo lo posible para impedir una migración «indeseable»: refuerzan los poderes de seguridad y militares, incrementan las restricciones a la libertad de circulación, construyen muros y fronteras que creen impenetrables, criminalizan la solidaridad con las personas en exilio. La Europa-fortaleza ha creado una agencia especializada, Frontex, para mantener fuera de las aguas de

Schengen a quienes nos hemos echado al mar. Los Estados se apresuran en cooperar en estas materias. Mediante lucrativos acuerdos, Europa y Estados Unidos intentan externalizar sus fronteras a Turquía, países de África o México, para que los gobiernos de estos países «cierren el grifo» de la migración.

100 millones de euros prometidos por la Unión Europea a Túnez, en pleno derrumbe económico, para «prevenir la inmigración ilegal». Los primeros resultados: personas negras expulsadas violentamente del territorio tunecino, condenadas a morir en medio del desierto. El presidente Kaïs Saïed incluso tomó prestada de la extrema derecha europea la teoría del «Gran Reemplazo», una teoría conspirativa que postula que la civilización blanca “nativa” europea está siendo demográfica y culturalmente reemplazada por la llegada masiva de migrantes no blancos, en específico musulmanes. La versión de Saïed usa esta fábula contra los migrantes negres, a los que acusa de cambiar la composición demográfica y cultural de Túnez. A fuerza de repetirse, el discurso ha arraigado en una sociedad con su propia historia de racismo, y hemos visto a multitudes atacar personas migrantes negras exigiendo su expulsión.

En Sudán, la Unión Europea ha financiado directamente a las Fuerzas de Apoyo Rápido, los siniestros *Yanyauid* del general Hemetti, para «frenar la inmigración». En parte gracias a estos fondos, estas milicias han realizado operaciones de limpieza étnica en Darfur, participado en la represión de la revolución, antes de entrar en guerra contra las fuerzas armadas de Sudán. Desde 2018, la violencia estatal y paramilitar ha desplazado a más de 10 millones de personas dentro y fuera del país.

Para mantener una apariencia de coherencia con sus principios humanistas, las democracias europeas externalizan, es decir que invisibilizan, parte de la violencia que están dispuestas a ejercer contra nosotros. Desatan su violencia en sus guetos urbanos, al margen de las metrópolis. Financian sanguinarias fuerzas represivas, al margen de sus fronteras. En 2024, el gobierno británico intentó introducir una política de deportación a Ruanda para migrantes sin papeles de cualquier país de origen, con el fin de «disuadir la migración no autorizada» al crear un «entorno hostil». Europa no podría haberse «ilustrado» sin ser colonial.

Ante esta ofensiva xenófoba institucionalizada, debemos escalar nuestras acciones en las fronteras para ofrecer un paso seguro. Compañeres han creado un sistema autónomo de coordinación marítima para organizar la solidaridad en el mar Mediterráneo: botes de rescate, líneas de asistencia telefónica, negociaciones con las autoridades y movilización pública. Allí donde existan redes de solidaridad, podemos reforzarlas y aumentar su capacidad. Donde aún no las haya, debemos crearlas. Uno de los principales retos es asegurar que nuestra gente no siga muriendo en los caminos del exilio, proporcionando un apoyo logístico eficaz a lo largo de las principales rutas migratorias. Rendimos homenaje a todos los que han caído en ese camino, tras la derrota o la persecución, o simplemente en busca de una vida digna.

Pero la solidaridad con las personas exiliadas en los países de «llegada» no es suficiente. La libertad de circulación no se limita a asegurar el paso o «legalizar» la migración. La libertad

de circulación carece de sentido si no incluye las posibilidades de quedarse y de regresar. Luchamos por una vida digna en todos lados. Y no permitiremos que algunos Estados pretendan encarnar la *buena vida* mientras destruyen las condiciones que la hacen posible en otras partes.

la llegada

La adversidad no termina al final del camino. Nada más llegar al «país de acogida», nos enfrentamos a la necesidad de ser “legales”. Una serie de instituciones burocráticas se encarga de determinar si tuvimos razones adecuadas para abandonar nuestra tierra, suficiente dinero o un cierto nivel de educación, o incluso algún «talento», para así otorgarnos el “permiso” de permanecer. Comienza entonces un largo proceso de clasificación e interrogatorio, con su limbo administrativo impregnado de humillaciones cotidianas. Algunes eventualmente aprueban el examen, otros son rechazados y deportados. Además de la batalla administrativa, está la cuestión material: una vez más hay que luchar por condiciones de vida digna. Una vez más la necesidad de encontrar un techo y una fuente de ingresos, mientras se aprende un nuevo idioma, nuevas normas y nuevas formas de hacer las cosas.

Quienes huyen por persecución política no encontrarán necesariamente seguridad en el exilio. Pueden volver a ser criminalizados por sus actividades políticas, como los activistas kurdos o uigures en Turquía. Pueden recibir amenazas en cualquier lado, o incluso ser asesinados, como Rouhollah

Zam, activista iraní exiliado en Francia, secuestrado en Iraq y ejecutado en Irán. Las autoridades chinas han creado incluso comisarías clandestinas en Europa y Estados Unidos para extender ahí su control sobre “sus” ciudadanos en el extranjero. En el Reino Unido, han silenciado el activismo contra el Partido Comunista Chino en los campus universitarios bajo la amenaza de reducir sus inversiones.

Además del acoso y la represión gubernamental y policial, cuando llegamos a un nuevo lugar, muchos de nosotros debemos convivir con una población local cada vez más hostil.

En muchas partes, las elecciones y la cobertura mediática trivializan el racismo y la islamofobia. Frente al creciente poder de las fuerzas xenofóbicas y reaccionarias, con la esperanza de no perder terreno, los partidos «moderados» empiezan a hablar el mismo lenguaje. Representan a los exiliados como una amenaza y como una de las principales razones del deterioro de las condiciones de vida, para canalizar la ira y angustia de la “ciudadanía” hacia estos culpables designados.

Esta estrategia del chivo expiatorio es muy conveniente para los centros. Permite justificar el crecimiento de las desigualdades y esconder las ganancias de los más ricos mientras les absuelve de sus responsabilidades por el empobrecimiento general. Como signo de los tiempos, en el verano de 2024, disturbios racistas estremecieron los pueblos y las ciudades del Reino Unido, atacando a personas racializadas y lugares de culto musulmán, a raíz de una *fake news* explotada por redes de extrema derecha. Por supuesto, solo las personas pobres son extranjeras.

La xenofobia también puede ocurrir de modo más sutil. La discriminación racial no solo es un defecto en las instituciones estatales, sino que impregna a todo el mundo. Como exiliades, incluso cuando recibimos compasión o simpatía, se nos suele negar un rol político en el país al llegamos. Aun cuando las razones de nuestra partida fueron políticas. En Occidente, no faltan los curiosos interesados por nuestra cultura y nuestra música, nuestra cocina, nuestra lengua. Quienes nos encuentran «absolutamente fascinantes». Pero nuestra opinión sobre cómo funciona el mundo les importa muy poco. Como exiliades, nos convierten en una figura humanitaria, despolitizada, que suscita la caridad y permite las “buenas acciones” de activistas de izquierdas. O en objeto folclórico sobre el que proyectar sus fantasías de otras geografías. El «multiculturalismo» alabado en la era de la globalización, es el analgésico para la destrucción de culturas y mundos.

Los grupos antirracistas y los movimientos de solidaridad con los exiliades no están exentos de estos fenómenos. Nuestros análisis y nuestra implicación en los movimientos sociales de nuestros países de origen suscitan poco interés. Para la mayoría, seguimos siendo de afuera. Su ignorancia persistente de las situaciones de lucha fuera de sus fronteras nacionales y mentales, es una forma de paternalismo condescendiente que nos reduce al papel de víctimas inocentes, libradas a todo tipo de desgracias: la «crisis económica» en Sri Lanka, la «guerra civil» en Siria o Sudán, los talibanes en Afganistán. Esta negación de nuestra subjetividad, nuestra capacidad de acción y nuestros compromisos políticos, es el mayor obstáculo para

crear amistades y compañerismos genuinos. Pero además genera una serie de desencuentros, de oportunidades perdidas, que prolongan el aislamiento de les revolucionaries en el exilio y privan a las comunidades locales de lecciones, experiencias y conocimientos que podrían fortalecer sus propias luchas.

En Grecia, a pesar de la «crisis económica», la oleada de solidaridad con les exiliades creó una movilización general de espacios anarquistas y revolucionarios. Se abrieron refugios en casas ocupadas para proporcionar espacios de vida seguros, con mejores condiciones de vida y mayor autonomía que los campamentos del gobierno.

Cocinas colectivas, ayuda práctica para cubrir necesidades básicas: ropa, cursos de idiomas, empleos, salud física, mental y reproductiva. Les exiliades y simpatizantes trabajaron en conjunto para asegurar la autodefensa contra los ataques de fascistas y del Estado. Años más tarde, el agotamiento, la falta de horizontes y, a veces, de objetivos comunes, así como las políticas de gentrificación de ciertos barrios, hicieron que el movimiento perdiera impulso.

Si la tarea primordial es, por supuesto, crear y vincular lugares de refugio para garantizar lo mínimo para vivir, también necesitamos construir y consolidar espacios duraderos donde regenerarnos, cuidarnos, sanar nuestras heridas, reducir la soledad y el desarraigo, garantizar la subsistencia material. Para hacer todo esto, primero tenemos que poder encontrarnos.

Nuestra principal tarea es crear y conectar lugares de refugio para garantizar el mínimo humanitario. Necesitamos consolidar estructuras duraderas para generar nuevas energías,

curar traumas, reducir la soledad y garantizar la subsistencia. Para todo esto, primero tenemos que conocernos.

multiplicar las circulaciones

El internacionalismo, al igual que la teoría revolucionaria, siempre ha estado estrechamente vinculado al exilio, la circulación y las diásporas. A lo largo de la historia, muchos revolucionarios han tenido que abandonar su país de origen, en un momento u otro de sus vidas, a través de la deportación, la migración, el exilio o para unirse al movimiento guerrillero. En el movimiento, confrontaron sus ideas con nuevas realidades, se familiarizaron con contextos múltiples, compartieron sus relatos y perspectivas de los acontecimientos en los que participaron en los países que habían dejado atrás. No es una coincidencia. La movilidad transnacional de estas personas fue fundamental para nutrir su práctica y difundir su pensamiento.

El internacionalismo es un viaje, no solo de personas, sino también de ideas y prácticas. Pensar el exilio significa responder al desafío de construir percepciones comunes, a pesar de la diversidad de los contextos locales y de las dificultades propias de cada situación. El exilio puede vivirse como una prolongación de las revueltas, un puente que las une al resto del mundo. Esto podría compensar la profunda falta de comprensión a la que se han enfrentado muchas de las revueltas actuales, sobre todo por la falta de relaciones entre revolucionarios de distintas partes del mundo.

A pesar de la lucha diaria por la regularización y por condiciones de vida dignas, a pesar de la prioridad que lógicamente damos a la solidaridad con la lucha en nuestros países de origen, necesitamos vincularnos con las fuerzas de liberación locales y diaspóricas, ahí donde estamos, allá donde lleguemos. En Berlín, toda una generación de exiliades y sus aliados organizan manifestaciones conjuntas por la liberación de Palestina, Siria, Ucrania, Irán y Sudán. En este espacio dónde se encuentran “extranjeros” de distintos países, ya no están aislados en su propia lucha «minoritaria» y «marginal». Ahí les exiliades pueden volver a sentir su potencia.

Iniciar o participar en movilizaciones locales como exiliades, articularse con otros, podría ser la mejor manera de retomar la ofensiva con nuevas herramientas, más alianzas y nuevas perspectivas. Los vínculos entre revolucionarias de distintas geografías, más fáciles de forjar en el exilio, contribuyen a aumentar el apoyo material y político a nuestros compañeros y seres queridos que siguen en la lucha *allá* o bajo las bombas.

Construir una fuerza capaz de coordinar y apoyar los esfuerzos revolucionarios donde aparezcan, implica reunir a esta generación de vencidos y exiliades dispersa por el mundo. Apostamos por una fuerza así para responder material y emocionalmente a la derrota, el agotamiento y el despojo. Pero también para ofrecer un remedio más poderoso a estos: la preparación de nuestra respuesta.



el internacionalismo desde abajo

EL PROBLEMA CON LA “SOLIDARIDAD” | APOYARSE
MUTUAMENTE | EXTENDIENDO LA MINGA AL MUNDO |
UNA TERNURA REVOLUCIONARIA PARA ACABAR CON
LA REALPOLITIK

Aunque se hizo todo lo posible por minimizar su importancia, cortar sus líneas de comunicación y difuminar su significado, el poder de los pueblos en revuelta ha resultado contagioso. La esperanza, el coraje y la rebeldía han traspasado cuerpos, territorios y todas las fronteras. La muerte de un vendedor ambulante tunecino en diciembre de 2010 desencadenó una de las mayores oleadas revolucionarias de nuestra historia. En las calles del Líbano, el “Kilon yani Kilon” (*todos significa todos*) retumbó como un eco tardío del “¡Que se vayan todos!” que abrió el siglo en Argentina, y del “Dégage!” (¡ándate!) que lo puntuó en Túnez.

Feministas de todo el mundo cantaron “Jin, Jiyan, Azadi” (*mujer, vida, libertad*). Manifestantes en Bruselas y Lausana salieron a la calle tras el asesinato de Nahel por la policía francesa. Los escudos y la música de la primera línea chilena llegaron hasta las calles de Colombia. Al desafiar el espejismo de los Estados nacionales, los rebeldes de nuestro siglo compartieron el sentimiento de enfrentar un enemigo común. Los mismos policías al frente, los mismos bancos detrás, los mismos bastardos encima.

Pero un sentimiento no es suficiente para hacer un frente común. Y les revolucionaries de Egipto no pudieron enviar sus grupos de ultras para apoyar el levantamiento popular en Libia. Las comunalistas a través del mundo no apoyaron a los Consejos locales en Siria. Les zapatistas no lograron enviar sus experimentados cuadros políticos a las primeras líneas de Abya Yala. Les hackers de Anonymous no contaron con refuerzos para atacar fortalezas digitales para acompañar a las insurrecciones en todo el mundo.

La falta de apoyo llevó a las fuerzas revolucionarias en Siria a aceptar armas y dineros de Arabia Saudí y Turquía. La resistencia palestina se ve obligada a aceptar dinero de Irán y Qatar. El partido kurdo PYD depende del régimen sirio y busca respaldo a veces del lado ruso, a veces del lado estadounidense para sobrevivir. Las revueltas en África Occidental cuentan con el patrocinio de Rusia y China para expulsar a Francia. La resistencia popular en Ucrania ha tenido que poner su supervivencia en manos de Occidente.

La dependencia de grandes potencias es una cuestión de supervivencia para muchas revolucionaries. ¿Cómo podemos

condenarlos? Es poco razonable esperar que la gente continúe viviendo bajo represión, que desista o espere pasivamente mientras caen las bombas. La falta de un real apoyo internacional desde los pueblos condena a los revolucionarios al aislamiento o a la reapropiación de sus reivindicaciones por potencias extranjeras más preocupadas de velar por sus propios intereses. En Siria, después de un abandono por el mundo entero, los revolucionarios se preguntan: “Los gobiernos nos han traicionado. Y, ¿dónde están los pueblos?”.

el problema con la “solidaridad”

En Iraq, después de la destrucción de los bancos de semillas locales por la invasión estadounidense, las organizaciones internacionales inundaron el país con semillas transgénicas distribuidas sin costo. Pero para poder utilizarlas, los campesinos tuvieron que comprar a crédito fertilizantes y pesticidas químicos a empresas extranjeras. Bajo la presión de la deuda, muchos tuvieron que abandonar sus tierras. La ayuda humanitaria llevó a la ruina a una de las cunas de la agricultura, prolongando así la dominación colonial.

Aunque ampliamente criticado por la dependencia jerárquica que crea en los países del Sur con respecto a las ONG del Norte en nombre del “desarrollo”, la “ayuda internacional” poco a poco ha reemplazado al internacionalismo, considerado como demasiado politizado. Si la ayuda humanitaria salva vidas, rara vez ataca la raíz de los problemas. Y las tiritas - por más necesarias que puedan resultar - no detienen la hemorra-

gia. Aun cuando las organizaciones de ayuda internacional son menos cínicas, que intentan aportar apoyos concretos y renovarse bajo el nombre de “solidaridad internacional”, los efectos producidos son perversos.

En Palestina, la llegada masiva de ONG, fundaciones y otras organizaciones internacionales se produjo tras los acuerdos de Oslo. La autoorganización popular que había surgido de las intifadas fueron diluidas en la “sociedad civil”, donde los esfuerzos de la resistencia fueron alentados a formalizarse acordes a otras normas y a convertirse en “proyectos” con logos, declaraciones de intenciones y presupuestos. Al condicionar el financiamiento a acciones “apolíticas”, se desfiguraron las iniciativas de base y se debilitó la movilización popular. Si a esto añadimos el control absoluto de cualquier forma de organización colectiva en Cisjordania y Jerusalén por parte de las autoridades de ocupación israelíes, difícilmente podemos sorprendernos que Hamás, una organización reaccionaria, concentre todas las esperanzas de liberación nacional.

Esta solidaridad esencialmente controlada desde arriba condiciona la ayuda a reglas y tiempos que están desconectados de las prácticas de los territorios y de sus luchas. Por no hablar del manejo de las alianzas, los códigos, el lenguaje y la burocracia que requieren.

Para obtener un apoyo exterior, las demandas deben hacerse aceptables e incluso atractivas. La dependencia financiera subordina la causa al apoyo que potencialmente reciba. La causa termina moldeada para obtener el mayor rendimiento posible y garantizar su competitividad en el mercado de la solidaridad.

Esto altera el espíritu de una lucha y somete los márgenes a los centros, ya sean occidentales, rusos, turcos, chinos o del Golfo. Las brigadas revolucionarias sirias tuvieron que cortarse las barbas para obtener apoyo occidental, o dejárselas crecer para conseguir dinero de Qatar o Arabia Saudí.

Incluso cuando las organizaciones y colectivos de “solidaridad internacional” dejan mucha autonomía y dan confianza a las personas en “el terreno”, tienden a generar relaciones unidireccionales. Para compensar las desigualdades estructurales y las relaciones de dominación que generan, es necesario que las personas implicadas en la solidaridad, tanto las que reciben una ayuda como las que la sostienen, definan líneas políticas y éticas comunes, así como prácticas y perspectivas estratégicas. Y desde ahí crear las condiciones propicias de un apoyo mutuo real, basado en relaciones de igualdad y reciprocidad entre las luchas y los territorios.

apoyarse mutuamente

El apoyo mutuo parte del reconocimiento de nuestra necesidad de estar y trabajar en conjunto. Es un proceso gradual, lento y paciente, de entrar en relación y construir lazos de confianza. Demanda borrar la distinción entre palabras y hechos. Todas las partes necesitan saber cómo estar ahí para las otras. No se trata de actuar “bien”, mas de comprender cómo la lucha de otras es parte de las nuestras, y viceversa. En un mundo donde reina la competencia - incluso entre las causas -, es la inversión de un paradigma.

El apoyo mutuo no tiene centro porque opera en múltiples direcciones y reconoce las diversas relaciones de poder que nos cruzan. En el siglo XIX, cuando los primeros fondos obreros de solidaridad enviaban dinero para apoyar una huelga, aseguraban que eran *préstamos* y no donaciones. No se trataba de recolectar intereses, ni tampoco de garantizar la devolución de lo enviado. Buscaban afirmar que su gesto no era una forma de bondad o de caridad, sino que llamaba a otros gestos en retornos, en otros tiempos, bajo otras formas. Es evidente que es más fácil enviar dinero del Norte global al Sur global que lo contrario, pero esta no es la única forma que el apoyo mutuo puede adoptar. Podemos imaginar muchas otras.

Primero, está la ayuda material. Esta nos lleva a la *minga*. En Abya Yala, este principio que es también una práctica toma diferentes formas para mutualizar las acciones, recursos y bienes necesarios para el trabajo y la obra en colectividad. Mover una casa, cultivar un campo, construir un edificio. La *minga* es ese momento del trabajo colectivo, pero también del disfrute, de la convivialidad, del compartir y del celebrar estar juntas. Desde ahí se estrechan los lazos. Las revueltas sociales y sus consecuencias han hecho visible la necesidad de ayuda material, desde remedios para sanar a semillas para cultivar. Esto implica una larga cadena de personas y lugares. Para lograrlo, se necesitan aliadas que puedan abrir caminos y cruzar fronteras. Las caravanas solidarias impulsadas por colectivos en Grecia después de 2008 y las iniciativas populares de ayuda a Ucrania desde 2022, constituyen ejemplos cuyas prácticas y métodos podemos

aprender, compartir y difundir. Y aún queda mucho por crear en este ámbito.

Pero para eso, se necesita dinero. ¿Es posible imaginar una ayuda financiera desde las bases que sea potente? Es decir, ¿podemos financiar una revolución o una resistencia popular sin la ayuda de los poderosos? Muchas diásporas, ya sean kurda, palestina o birmana, en tiempos recientes o más antiguos, han logrado con su apoyo económico sostener vidas y luchas en sus territorios de origen. La resistencia birmana, por ejemplo, popularizó el “crowdfunding revolucionario”, recaudando millones de dólares para financiar directamente los grupos de resistencia a la dictadura. Aunar masivamente micro-contribuciones provenientes del mundo entero o establecer fondos comunes transnacionales son pistas para limitar nuestra dependencia de la buena voluntad de mecenas, gobiernos y ONG.

Más allá de la cuestión estrictamente material, el apoyo mutuo puede concretarse en la difusión amplia de las voces y visiones de quienes viven y hacen las luchas. Un espacio de apoyo mutuo internacional puede contribuir a penetrar las redes mediáticas y a contrarrestar el ruido de fondo de los medios de comunicación dominantes. Ninguna revolución debe volver a sentirse huérfana o traicionada por la indiferencia global. Esto supone estar en comunicación con personas en los lugares y momentos cruciales. Significa obtener información y poder *traducirla* a otros contextos. Implica coordinar acciones rápidas de apoyo y establecer canales de comunicación a largo plazo para compartir nuestros análisis y percepciones.

Es de vital importancia crear una historia común, dónde se entretrejan nuestras experiencias acumuladas. Dar a conocer los relatos, las experiencias y los aprendizajes de luchas previas. Levantar una campaña antifascista, escribir una constitución feminista, desarrollar técnicas de cultivo, derrotar a un ejercito de troles, defenderse contra la policía, crear redes de financiamiento, organizar la vida cotidiana dentro de un territorio liberado. Todas estas prácticas y conocimientos pueden ser compartidos. Las fuerzas conservadoras y contrarrevolucionarias se despliegan para que nuestras revueltas aparezcan como desastres, quienes participamos como delincuentes y nuestros logros como derrotas. La batalla de los relatos y las imágenes es más importante que nunca, en la inmediatez de la lucha y para cultivar una *memoria del futuro*, como dicen nuestras compañeras chilenas.

El apoyo mutuo se materializa también en acciones. Bloquear una fábrica de armas para reducir la intensidad de los bombardeos en otro lugar. Judicializar una multinacional para debilitar sus proyectos extractivistas al otro lado del mundo. Influenciar lo que se conoce como la “opinión pública”. Intervenir donde estamos, vivimos, trabajamos, estudiamos o consumimos, para dar ánimo a les que luchan a lo lejos y hacer visible su causa. El apoyo mutuo es la fuerza e impulso del internacionalismo. Al tornarse internacionales, las luchas locales pueden tener una capacidad de acción planetaria para enfrentarse a las redes del poder y el capital, las que no conocen fronteras. No nos faltan objetivos comunes y pertinentes.

extendiendo la minga al mundo

Nos preguntaran seguramente: Con tantas cosas *aquí* por las cuales luchar y movilizarse, ¿por qué añadir además las luchas internacionales? ¿No es acaso esta una nueva forma de caer en la dispersión y en el agotamiento? Las prioridades y urgencias de las situaciones locales siempre son más apremiantes. Podría incluso parecer ilusorio decir que estamos apoyando la situación en otro lugar del mundo cuando localmente no logramos generar cambios. El internacionalismo puede parecer un sueño romántico, bello pero básicamente ingenuo. Como una reliquia del pasado, una caja polvorienta llena de memorias y postales: Vietnam, Cuba, Argelia, España...

Pero construir el internacionalismo nunca ha sido un lujo. Es una estrategia de supervivencia. Aquellos movimientos que la han hecho un pilar de su lucha - como los movimientos zapatistas, kurdos o palestinos - son casi los únicos movimientos revolucionarios que han sobrevivido hasta hoy, a pesar de repetidos ataques por todos lados. Para ellos, el internacionalismo ha sido un medio para compensar la abismal desproporción de fuerzas entre las movilizaciones de bases y las fuerzas militares que enfrentan, para desplazar el terreno del conflicto al plano diplomático, y para crear redes de apoyo alrededor del mundo. En su momento, las históricas victorias contra el colonialismo en Irlanda, Vietnam y Argelia fueron ganadas por las fuerzas revolucionarias de estas tierras, pero también porque lograron ganar los corazones de la gente en los centros de los imperios, hasta que

los propios habitantes de estos países demanden también el fin de las guerras y la ocupación. Las acciones desde *el vientre de la bestia* son necesarias para ampliar el frente, desplazar los lugares de confrontación, y apoyar a quienes mantienen viva la lucha. Pero sobre todo, hay que escuchar sus demandas y comprender sus preocupaciones, en lugar de ponernos una vez más en el centro, dando prioridad a nuestras propias posiciones y aplicando nuestras grillas de lecturas a sus situaciones.

Aunque miremos y aprendamos de nuestros pasados, no creemos en una “edad de oro” del internacionalismo. En el siglo XX, el internacionalismo se alineó en gran medida con los intereses de los Estados y las superpotencias, y terminó fracturado. En vez de oponerse al nacionalismo, muchas veces lo reforzó. Si el apego al territorio y la cultura son emociones y razones de luchas legítimas, no debe confundirse con la instrumentalización por parte de los aparatos del Estado que sirven a las clases dominantes. Hoy, para nosotros, el internacionalismo empieza en casa, en nuestros territorios cotidianos. Los lugares inter-nacionales donde conviven personas de orígenes diversos, mixtos, heterogéneos, son lugares evidentes, potentemente fértiles para el internacionalismo. Metrópolis globalizadas, zonas fronterizas, espacios del trabajo precarizado de personas migrantes. Pero el internacionalismo se construye también creando múltiples lazos entre los márgenes en lucha, entre nuestros distintos pedacitos de mundos, para contrarrestar el atractivo de los centros geográficos del poder, ya sean nacionales, regionales y globales.

Nuestros territorios ya están interconectados por las lógicas transnacionales de la producción. La fuerza de cualquier propuesta política local hoy reside en su capacidad de entenderse como parte de un entretejido global de resistencias y revueltas. Sin lo anterior, corre el riesgo de ser reducida a una dimensión “alternativa” que ignora las condiciones reales que la sitúan, la limitan o la posibilitan dentro del mundo. A la inversa, sin raíces locales, el internacionalismo no es más que una canción nostálgica y despistada, o un simpático lugar de encuentro para una élite de activistas cosmopolitas. El reto que enfrentamos es extender la minga a escala planetaria, entre los territorios en lucha, entre los poderes populares, cruzando todas las fronteras. Esto es lo que entendemos por un *internacionalismo desde abajo*.

Desplazar la mirada hacia lo que está pasando en otros lados puede darnos un respiro que nos transmite fuerza y coraje cuando nuestro “hogar” se vuelve oscuro e insoportable. Porque en algún lugar sobre esta Tierra, siempre habrá gente que se organiza, que lo intenta, que no se da por vencida. Desde 2011, los pueblos se han hecho eco y resonancia. Se han intensificado los intercambios y las circulaciones. Pero aún no hay signo de una fuerza revolucionaria transnacional capaz de romper el aislamiento de las revueltas y movimientos de resistencia, sin desviar sus demandas y aspiraciones. No hay tiempo que perder para construir tal fuerza si deseamos algún día poder actuar en los momentos críticos y tener al fin un impacto decisivo.

*una ternura revolucionaria
para acabar con la realpolitik*

Aunque compartimos las mismas esperanzas y deseos, no será fácil encontrar líneas ofensivas y defensivas comunes. Son muchas las dificultades: no hablamos los mismos idiomas, habitamos geografías muy diferentes, no nos conocemos bien. Necesitamos tiempo para comprender plenamente lo que está en juego para cada una de nosotras y desde ahí tomar posición. A estas estas dificultades prácticas se añaden las estrategias de quienes tratan de oponerse activamente a nuestras luchas por “pragmatismo” o en nombre de “artimañas” contrarrevolucionarias. Estos planteamientos geopolíticos y acercamientos totalizantes parecen sacados directamente de un pésimo remake de la Guerra Fría, pero sin socialismo. En esta perspectiva, el mundo se reduce finalmente a un choque de bloques donde los Estados y sus coaliciones son los únicos actores capaces de cambiar las cosas. A través de este prisma, todo lo que vaya más allá de las relaciones de fuerzas según su *realpolitik*, es decir todo lo que es potencialmente revolucionario, está condenado al fracaso.

Esta lógica binaria ha llevado a parte de la “izquierda antiimperialista” a apoyar implícita o explícitamente las dictaduras de Irán, Rusia, China o Siria, que consideran como “baluartes” contra el “imperialismo, sionismo, colonialismo y la hegemonía occidental-capitalista”. De acuerdo con este punto de vista, las revoluciones de Siria e Irán solo pueden ser “liberales”, “pro occidente” y fácilmente “manipuladas”. Las luchas populares

son desechadas como complots urdidos por países extranjeros, obviamente occidentales, para socavar la “soberanía nacional” de los regímenes en el poder. En esta narrativa, los pueblos, sus formas de organización, sus acciones autónomas, la pluralidad de sus voces, sus conflictos internos, sus oposiciones de clase inclusive, no cuentan para nada. Y las masacres cometidas contra ellos por estos regímenes y sus aliados se pueden esconder y negar detrás de sus reductoras conceptualizaciones.

Estos auto proclamados “antiimperialistas” están a veces tan alejados de los movimientos reales que, cuando ocurren revueltas populares, se apresuran a aplicar sus interpretaciones abstractas y sus discursos desconectados de lo vivido en esos lugares. Así privan a las personas directamente implicadas en los levantamientos sociales de su capacidad de actuar y de hablar por sí mismas. A sus ojos, la resistencia popular de Ucrania, las feministas en Irán y las fuerzas revolucionarias en Siria son “agentes del imperialismo” o incapaces de entender su propia situación. Desde una supuesta “distancia crítica”, estas ideologías, usualmente basadas en Occidente, creen que saben mejor que todos los pueblos del mundo que conviene hacer. Cuando desde las revueltas se proponen análisis y demandas que no cuadran con su dogma, la resistencia ucraniana se convierte en “nazi”, los revolucionarios sirios en “jihadistas”, y las feministas de Irán en “traidoras”. Y estos supuestos “antiimperialistas” pueden seguir actuando como representantes de los regímenes asesinos que defienden y apoyan.

Ver a los países occidentales como el único poder imperialista y a los Estados Unidos como la causa exclusiva de todo mal, es

una característica del sesgo de estas posiciones *campistas* o *tanquistas*, que les lleva a relativizar los crímenes de las dictaduras fuera de Occidente. Según ellos, si estos regímenes se mantienen, o incluso si logran ganar en potencia, sería oportuno para el equilibrio del “orden mundial” y para contrarrestar la hegemonía occidental. Potencias imperiales como China y Rusia, que retóricamente apoyan la causa de Palestina, son vistos como aliados, o como un mal menor en vista del cinismo descarado de los países occidentales. Pero ¿un “mal menor” para quién? ¿Porqué deberíamos tolerar el genocidio de Uyghures en China para poder terminar con el genocidio en Gaza? ¿Por qué deberíamos ignorar la guerra de contrainsurgencia en Chechenia, la invasión rusa de Georgia o Ucrania, para denunciar mejor la ocupación israelí de Palestina, y viceversa?

En 2019, las protestas masivas en Iraq de un pueblo con un vasto conocimiento directo del imperialismo planteaban claramente: “ni Estados Unidos, ni Irán”. Siempre podemos desarrollar y debatir categorías sutiles y etiquetas más o menos complejas para describir los diferentes tipos de imperialismo que existen hoy en día. Pero el “subimperialismo” sigue siendo mierda y sangre.

Otro problema mayor de estos posicionamientos *campistas* es que solo generan barreras y divisiones entre las luchas y las causas populares. Impiden alianzas necesarias y valiosas entre los márgenes. En lugar de encontrar lo que podría unirnos en un frente común, estos “pragmáticos” quieren convencernos que, para ser eficaces, debemos considerar que los enemigos de nuestros enemigos son nuestros amigos. La solidaridad

para ellos se basa menos en lo que ocurre en los territorios que en las posiciones adoptadas por Estados Unidos. Si Estados Unidos apoya una causa de manera oportunista, como la rebelión en Hong Kong, entonces esa revuelta y ese pueblo no merecen nuestro apoyo, por mucho que China quiera extender ahí su control autoritario.

Esta postura - más cercana de Kissinger que del Che Guevara - es éticamente deplorable y estratégicamente contraproducente. Lo que necesitamos es una ternura revolucionaria, capaz de *escuchar*, para intentar *comprender*, y navegar así las contradicciones de la realidad para poder acompañar a las personas que luchan. Preferimos apostar por quienes quieren cambiar las reglas del juego para dar a luz nuevas realidades, y no por quienes buscan ganar a toda costa bajo esas reglas.

La tendencia reaccionaria de la época ofrece un salvavidas a los defensores de una izquierda autoritaria. Pero, contrariamente a lo que quieren hacernos creer, enlazar las luchas incrementa nuestro poder. Construir potencia colectiva es exactamente lo que los movimientos feministas de Abya Yala han logrado en años recientes. Tomaron en cuenta múltiples formas de violencias - ya sean sexuales, laborales, callejeras, racistas, policiales - contra las disidencias sexuales, las personas afrodescendientes, las mujeres, los pueblos indígenas, las personas migrantes, las niñas, las personas mayores. Y en lugar de ver estas luchas como opuestas, las integraron en las huelgas generales feministas, logrando tejer en conjunto un enorme movimiento popular. Unido pero no uniforme. Multitudinario pero radical.

Debemos luchar contra nuestra propia debilidad; en particular contra la creencia de que no podemos hacer nada sin participar en los juegos de los poderosos. Es cierto que sentimos que no somos suficientes y que carecemos cruelmente de recursos. Pero reconocer esto y utilizarlo como punto de partida para construir nuestra fuerza es sin duda más “realista” que intentar tomar atajos, aferrarnos a lo “menos malo” y reproducir así las condiciones de nuestra impotencia.

Solo el pueblo salva al pueblo. Queremos darle cuerpo a este eslogan empezando a construir, en todas las esquinas del planeta, una fuerza transfronteriza capaz de contrarrestar a los *monstruos fríos* que están devorando nuestros presentes y futuros. Tomará tiempo y necesitaremos recursos para construir una fuerza coherente y duradera de acción conjunta y apoyo mutuo. Tenemos que prepararnos con paciencia y porfía, pero es nuestra única manera de avanzar. A largo plazo, ninguna victoria real es posible en solo una parte del mundo. El Imperio se ha establecido en todo el planeta. Necesitaremos ser capaces de confrontarlo en todos los lados dónde se encuentra, si esperamos algún día derrocarlo.

la caída del Imperio

¿QUÉ ENTENDEMOS POR OCCIDENTE? | EL PROBLEMA
DE LA INTERVENCIÓN MILITAR | EL IMPERIO SOBREVIVIRÁ
A OCCIDENTE | CADA GENERACIÓN DEBE, EN RELATIVA
OPACIDAD, ENFRENTARSE A SU MISIÓN, CUMPLIRLA O
TRAICIONARLA | PARAR EL MUNDO

En todas partes del mundo, a pesar de los muros y las barreras, los intentos de aniquilación y las estrategias de asimilación, los pueblos continúan reclamando sus territorios, bienes, culturas y memorias. Persisten en sus luchas por todo aquello que les ha sido usurpado durante siglos de saqueo colonial y pretensiones imperiales. La resistencia Palestina se sostiene contra la colonización israelí y el imperialismo occidental desde hace más de 70 años. El movimiento kurdo lleva luchando alrededor de un siglo en contra de los Estados que le niegan su autonomía. En Abya Yala, las revueltas indígenas y afrodes-

cendientes no han cesado desde 1492. Han inspirado y nutrido las luchas en el continente.

Desde Wounded Knee a Oka, desde Standing Rock hasta el levantamiento que siguió a la muerte de George Floyd, desde la insoslayable resistencia en Wallmapu hasta la defensa del agua en Cochabamba, los pueblos se alzan en contra de un sistema de dominación basado en la supremacía blanca, el despojo colonial y la explotación de nuestros cuerpos-territorios. Europa arde regularmente con estallidos en contra de los asesinatos policiales racistas. Kanaky continúa con su lucha de liberación ante la ocupación de Francia. Y en África occidental, el neocolonialismo francés (la *Françafrique*) sigue en proceso continuo de desmantelamiento.

Las aguas internacionales son turbias y disputadas, difíciles de navegar para las fuerzas insurgentes. Hasta ahora, los centros han mantenido un férreo control en el horizonte, confinando cada lucha y cada revuelta social a su contexto particular. Los que dominan los centros no imaginan ni por un momento que alguien desee otra cosa que estar en su lugar. Están convencidos de ser el *mejor de los mundos posibles*. Los demás solo podemos correr tras ellos para intentar alcanzarlos, caernos, levantarnos de nuevo y esperar que algún día, quién sabe, tengamos la fortuna de poder entrar. El “mundo único” es el de los victoriosos, de quienes dominan la “globalización”. ¿Será que solo nos queda evadir ese mundo? ¿Y rechazar cualquier voluntad *universal* de cambio?

Cuando se produce la irrupción revolucionaria, esta crea su propio *mundo común*, que emerge de las ruinas, las grietas y

los márgenes de lo antiguo. Es este mundo común el que nos corresponde nombrar. El que percibimos en la sucesión de revueltas de un extremo al otro del planeta, el que se asoma más allá de las particularidades de cada contexto.

¿qué entendemos por Occidente?

La increíble pretensión de “Occidente” de definir un horizonte universal para la humanidad ha generado y justificado decenas de millones de muertes, genocidios, epistemicidios, millones de personas esclavizadas, arrancadas de sus territorios y desplazadas por la fuerza. Raramente hemos sabido de una estafa intelectual tan macabra y eficaz como esta.

El mito fundacional del “sujeto libre” forjado y propagado por la era de la “Ilustración” nació en el contexto de la lucha revolucionaria contra la tiranía. Se ha transformado en coartada para una expropiación sin límites en el marco de un nuevo orden económico, sustituyendo la “palabra divina” del evangelio. Es revelador que la *Declaración universal de los derechos humanos* haya sido ratificada con bombos y platillos el mismo año que la Nakba (*la catástrofe*) envió al exilio a cientos de miles de personas de Palestina.

El “universalismo” liberal es el rival apolítico del internacionalismo. Predica que los derechos humanos son inalienables, pero se les niega a la mayoría. Pretende que los Estados son parte de una “comunidad internacional” en la que se armonizan las buenas relaciones entre naciones. Pero esta no es más que un terreno de recreación que disimula las jerarquías

y disfraza las servidumbres. Se lanzan palabras, se miman acciones y se vociferan buenas resoluciones, como para ocultar lo que todo el mundo sabe en el fondo: que la supervivencia del más fuerte sigue gobernando el mundo humano.

La “comunidad internacional” es un club privado, donde las entidades hegemónicas acuerdan los criterios de pertenencia, las que usan también para justificar el dominio perpetuo sobre los que no se ajustan a ellos. Estos últimos no son realmente “excluidos”; se les concede una especie de membresía parcial. *Todos iguales pero algunos más que los otros.* Y lo mismo ocurre con la población de estas entidades: algunas son consideradas humanas, otras son escudos humanos, otras son animales humanos, y otras son solo daños colaterales. Estados Unidos invadió Afganistán, Iraq y bombardeó muchos territorios del Oriente Medio, asesinando más de un millón de personas para “proteger la democracia”, en nombre del “ideal universal de los derechos humanos”. Incluso mientras escribimos estas líneas, el Estado colonial israelí comete abiertamente un genocidio en Palestina con la bendición de Occidente, por más que las tropas de ocupación enarbolan a veces la bandera LGBTQI.

Pero el cinismo con el que el Imperio se viste del disfraz de los “derechos humanos” para establecerse a sí mismo como juez universal de la paz, no ha impedido que estos se reivindicquen también como un discurso de resistencia y como un soporte de las luchas populares en todo el mundo. Existe un doble uso contradictorio del derecho internacional: por parte de los centros y por parte de los márgenes. Los pueblos indígenas y colonizados utilizan regularmente el “derecho a la

autodeterminación” como herramienta en su lucha contra los gobiernos nacionales y las fuerzas de ocupación. Por su peso simbólico en la escena internacional, los “derechos humanos” sirve también como punto de referencia para denunciar el terrorismo de Estado.

Pero el pararrayos del derecho internacional ofrece poca protección cuando se opone a los intereses de las potencias dominantes, quienes preferirán hacer la vista gorda si consideran que no merece la pena moverse. ¿Dónde estaban las *líneas rojas* del “mundo libre” cuando el régimen sirio atacó con armas químicas a la población del país? Parece que, para ellos, las personas de Ghouta no valían la pena, que eran prescindibles.

el problema de la intervención militar

La intervención “humanitaria” de la OTAN en Libia durante el levantamiento de 2011 fue uno de los acontecimientos claves de esta última secuencia revolucionaria de la que ya nadie habla. Apelando a su “responsabilidad de proteger” y con acuerdo de la ONU, la intervención de los defensores de un “orden global” vino a interrumpir el proceso revolucionario y a crear nuevas relaciones de dependencias. La intervención anglo-francesa probablemente haya evitado un escenario sangriento al estilo sirio, pero permitió también el establecimiento de una pantomima de gobiernos desvinculados de los territorios. Ajenos a los procesos revolucionarios en curso, se les dió el derecho de firmar acuerdos en nombre de los pueblos que nunca pidieron tal medida. La revolución libia se perdió

así, en las luchas internas por el poder entre facciones, ninguna de las cuales parece capaz de encarnar la voluntad popular. Pero finalmente no importa, porque se preservó lo “esencial”: los guardacostas pagados por la Unión Europea para frenar la marea de migrantes de África.

De Siria a Ucrania, la reacción espontánea de algunas revolucionaries y de sus aliadas ha sido lamentar la no intervención de la “comunidad internacional”. Sin embargo, cuando se llevó a cabo la intervención militar, fue simplemente otra forma de extinguir o neutralizar la “amenaza” revolucionaria.

En Sudán, la sabia desconfianza de los Comités de resistencia en contra de cualquier intervención extranjera en su proceso revolucionario, no evitó que los militares y las milicias se impusieran por la fuerza. La injerencia extranjera encontró otra senda, alineándose con las facciones competidoras del antiguo régimen, algunas apoyadas por los Emiratos Árabes Unidos, otras por Egipto. Ahogaron así la revolución popular en una guerra militar provocando un desplazamiento forzado masivo y una hambruna devastadora. El tenaz no alineamiento de la revolución sudanesa le ha valido una serie de enemigos dentro y fuera de sus fronteras. Enemigos dispuestos a “incendiar el país” antes que arriesgarse al éxito revolucionario.

Aun bajo fuerzas represivas sin precedentes, no hemos visto potencia alguna que haya acudido realmente en ayuda de los pueblos en revuelta. Hace algunos años, en un evento en apoyo a la revolución siria en Francia, un miembro del público preguntó: “¿qué podemos hacer para ayudar?”. Uno de los activistas presentes, sobreviviente del asedio de Homs, res-

pondió: “¡envíenos misiles antitanques!” Independientemente de la incapacidad evidente de la audiencia de responder a tal demanda, esta volvía a situar cualquier acción de solidaridad con la revolución siria bajo la sombra de los Estados. ¿No había acaso otra forma de apoyar más allá de pedir una intervención militar o el envío de armas a los gobiernos occidentales?’

Para nosotros, este no es un problema moral, incluso si a las personas disidentes de los centros les resulta inconcebible salir a manifestar exigiendo una intervención militar de la OTAN. Tener acceso a armas puede definir la supervivencia de una gran cantidad de personas, algo que no podemos dejar de reconocer por más pacifistas que seamos. Es comprensible que compañeros de las primeras líneas de la resistencia ucraniana, libia o palestina hayan reclamado la intervención militar o táctica por parte de potencias externas para contrarrestar la feroz represión desatada en su contra.

Queda pendiente todo un debate dentro de los movimientos revolucionarios sobre las preguntas que abre la intervención militar y su impacto en el desenlace de los acontecimientos. Por ejemplo, sobre las formas que puede adoptar, desde zonas de exclusión aérea hasta el envío de tropas, desde abrir nuevos frentes hasta la asistencia técnica y el suministro de equipo militar. No podemos prescindir de una evaluación seria del equilibrio de poderes en el terreno, ni podemos recurrir a una forma de purismo impotente con la esperanza de evitar cualquier contradicción. Pero que solo logremos concebir a las capacidades militares de Estados o facciones armadas como única forma práctica de contribuir a la lucha es, sobre todo,

un signo de resignación. De un abandono de la posibilidad misma de la revolución.

el Imperio sobrevivirá a Occidente

El mundo en el que vivimos está lleno de diferencias. Como piezas de rompecabezas, distintas pero compatibles. Ensambladas cuando y donde sea pertinente, forman imágenes y sentidos compartidos de los presentes y futuros. Estas diferencias no se limitan solo a la distancia. No son el resultado de atrasos, no podrán ser superadas por el “progreso”. Pero, en una era de creencias monolíticas, estas diferencias se niegan, se eliminan o se aplastan para encajar en un sistema global de gestión de recursos, intercambios e identidades.

Conformado a lo largo de los años por un hábil entrelazamiento de sistemas de dominación distintos pero complementarios, vivimos bajo un Imperio que se recompone y amplía constantemente. Los cambios en las alianzas, los equilibrios de poder y las capitales son meros reordenamientos superficiales. Si hubo imperios precapitalistas, anteriores al Estado-nación y no occidentales, la expansión del capitalismo al mundo ha consolidado un único Imperio. Este sobrevivió al fin oficial de los imperios coloniales europeos, se secularizó, y consiguió imponer la creencia de que *no existe otra alternativa*.

El Imperio no es solo el nombre del *sistema mundial* en el que vivimos, con sus instituciones internacionales y mercados globales, su lenguaje unificado, su marco ideológico del que ninguna parte del planeta está excluida. Es también una

manera muy particular de percibir el mundo como un vasto tablero de juego donde potencias rivales o aliadas compiten por las riquezas y las zonas de influencia. Un mundo donde se negocian las “reglas de enfrentamiento” para seguir jugando a las masacres y las conquistas.

Más allá del sistema capitalista, el Imperio se refiere a todas las instituciones formales e informales, los códigos y costumbres, las reglas y sus excepciones, que regulan la depredación de los centros sobre el resto del mundo. Desde Ciudad de México hasta Dubái, desde Tokio hasta Ciudad del Cabo, desde Pekín hasta Frankfurt, en los centros de poder se habla, come, viste, negocia y engaña de forma muy parecida. El Imperio siempre encuentra sus relevos locales. Se adapta a todas las culturas, todas las religiones, todos los estilos de ejercicio del poder. No le importa lo más mínimo las intenciones, culturas y comportamientos de sus voceros, siempre y cuando sigan jugando la partida.

El reciente fortalecimiento de la lógica de bloques no es tanto una lucha entre diferentes tipos de imperialismo, sino más bien un combate encarnizado por la hegemonía imperial dentro del mismo sistema mundial. Aunque pueda parecer que Occidente está resurgiendo estos días, en un alarde de unidad para encubrir el genocidio en nombre del «derecho de Israel a defenderse», este aparentemente fuerte retorno no oculta en gran medida su lento declive que ya está en marcha: proletarización de las sociedades, inflación galopante, auge del fascismo, intervenciones militares calamitosas, retirada desordenada de las tropas de ocupación, pérdida constante de

influencia comercial y diplomática. Todos ellos son señales del declive de Occidente. Y detrás del aparente consenso en apoyar a la resistencia ucraniana, se distingue cierta febrilidad si se evalúa la ayuda militar proporcionada a cuentagotas y que nunca ha igualado la agresión rusa.

El “declive de Occidente” sería una buena noticia si eso significara el derrumbe del Imperio. Pero podemos apostar a que es solo su rostro el que está cambiando. Las sonrisas victoriosas en los rostros de los líderes de los BRIC, que ostentan por todas partes su alianza oportuna, dejan claro lo preparados que están para ocupar al fin su lugar en la mesa, para jugar su turno bajo las mismas reglas. Mientras exista el Imperio, existirá la lucha en su contra, continuamente renovando sus formas y enunciados, que este intentará tragar una y otra vez para mantenerse en pie.

*cada generación debe, en relativa opacidad,
enfrentarse a su misión, cumplirla o traicionarla*

En el siglo pasado, fue necesario que toda una generación en el mundo se sublevara y expusiera a las balas, la deportación y la tortura, para lograr expulsar a las potencias europeas de gran parte de los territorios colonizados. La ofensiva revolucionaria de los pueblos colonizados fue una respuesta a la dominación ejercida por los poderes blancos durante más de un siglo. En el crisol de estas luchas, en las guerrillas y las cárceles de Occidente, en los primeros territorios liberados, se forjaron las conciencias políticas de quienes pensarían y construirían el

futuro. Las formas y conceptos disponibles en ese mundo ya globalizado eran los de la historia occidental, cautivadoramente modernos: el Estado-nación, el progreso, la planificación, el desarrollo regional, las identidades nacionales, la democracia representativa, el nacionalismo, el socialismo... Deshacerse de los colonos no fue suficiente; se utilizaron las herramientas del amo para construir los Estados postcoloniales, y se repitieron las mismas contradicciones.

La promesa abierta por el fin de los imperios coloniales, a raíz de las revoluciones nacionales, dio paso a una resaca colonial. Las banderas, los himnos y las monedas cambiaron, pero la dominación perduró bajo otras formas. Las burguesías nacionales y las élites políticas que surgieron de los movimientos de independencia a menudo claudicaron ante el autoritarismo. Tras sacrificar a las personas más militantes, las nuevas clases políticas de los países del Sur tomaron su parte de los frutos de la explotación poscolonial, en complicidad alternada los unos con los otros.

En los países árabes, los levantamientos populares sacudieron los cimientos de regímenes que habían permanecido inalterados o casi desde los primeros tiempos de la descolonización, la mayoría de los cuales se habían convertido en auténticas cárceles al aire libre. Congelados en las posturas históricas de la descolonización y de la fachada de resistencia al imperialismo occidental, los partidos en el poder parecían capaces de sofocar para siempre las aspiraciones populares de cambio. Pero el regreso de los pueblos en revuelta lo remeció todo. Como dejaron claro los manifestantes del Hirak

argelino: el alzamiento de 2019 vino a terminar el trabajo de la revolución inconclusa de 1962.

Aun cuando la exigencia de democracia se encuentra en el corazón de muchas revueltas recientes, es difícil encontrar un lugar donde esta se encarne plenamente. El “ideal democrático” al que Occidente sigue pretendiendo representar, ya no puede ocultar la gran farsa que es. Solo basta con mirar algunas imágenes de las elecciones estadounidenses en la primavera de 2024, en una de las más “grandes democracias del mundo”. Antes de la entrada de Kamala Harris tras la evidencia de una casi muerte cerebral del candidato demócrata, dos hombres blancos, ancianos, millonarios y protestantes, se aferraban al poder, compitiendo entre sí para paliar sus respectivos síntomas de senilidad, en lugar de tener debates políticos sobre el futuro del mundo. Un mundo que Estados Unidos ha dominado y moldeado en gran medida durante más de 70 años. El “bloqueo democrático” que esta imagen revela tiene poco que envidiar a la quinta candidatura presidencial de un Bouteflika momificado. La misma candidatura final que desató la revuelta de 2019 en Argelia.

La democracia no es un invento occidental que surgiría de las asambleas de Atenas hasta la República Francesa, para ahora exportarse a Afganistán o Iraq gracias a los bombardeos. A lo largo de la historia, innumerables pueblos han desarrollado prácticas deliberativas igualitarias para organizar la vida comunal. Desde la Confederación Haudenosaunee en *Turtle Island* (América del Norte) hasta la Revolución haitiana, pasando por los territorios refugios de Zomia en el sudeste

asiático. El secuestro del concepto de democracia por parte de Occidente lo ha hecho repulsivo en muchas partes del mundo. Pero, ¿cómo disputar la idea de democracia como *poder para los pueblos*? ¿Y cómo combatir la farsa de las democracias liberales sin hacer el juego a los regímenes autoritarios?

parar el mundo

El rostro del Imperio está cambiando, el de la guerra también. Nuestras estrategias y objetivos ya no pueden seguir siendo los mismos. Además de los regímenes autoritarios u oligárquicos con los que tenemos que lidiar, también vivimos directa o indirectamente las consecuencias de ofensivas imperialistas en competición, que pueden, de la noche a la mañana, destruir las ya precarias condiciones de vida en nuestros territorios. Mientras las revueltas por hambre son un hecho real, las potencias rivales se turnan para usar la comida como arma geopolítica. Así juegan en un mundo donde las capacidades de autosubsistencia de las sociedades han sido metódicamente destruidas, y donde el cambio climático ya pone en riesgo las cosechas. En 2024, Putin ejerce un control por todo el Mediterráneo al monopolizar la producción de trigo en las fértiles llanuras de Ucrania, de las cuales dependen totalmente la mayoría de los países mediterráneos. La soberanía alimentaria es un problema cada vez más grande para cualquier política de emancipación. Ninguna perspectiva revolucionaria sería capaz de prescindir de la reapropiación de los medios necesarios para satisfacer nuestras necesidades básicas.

En esta nueva fase de conflictos armados abiertos, de estrategias de poder agresivas y de resurgimientos nacionalistas, nos preguntamos por las contradicciones entre nuestro deseo de un mundo cooperativo en el que los pueblos puedan organizarse para su subsistencia, el cuidado de sus territorios y el *buen vivir*, y la realidad de amenazas permanentes que representan los conflictos inter-imperialistas. Una zona, localidad o Estado «liberado» que voluntariamente abandonara estas políticas de acumulación y monopolización, ¿no sería inmediatamente engullido por las potencias vecinas?

Además, en muchas partes del mundo, tras la fachada del orden estatal, nos toca disputar el cotidiano con narcos, mafias, paramilitares, milicias religiosas y empresas transnacionales, a quienes se les delega la represión de nuestros movimientos y el control de nuestras comunidades. Invocar el fin del Estado como único horizonte para la revolución no será nunca suficiente. La idea parece fuera de la realidad para muchas de nosotras que vivimos bajo Estados fallidos, en la absoluta arbitrariedad, expuestas a la violencia del más insignificante líder local, sin seguridades ante la pobreza, la enfermedad, la cesantía o los desastres naturales. Fragmentar o destruir los Estados opresores no será suficiente, como tampoco el reemplazar a quienes los encarnan. Solo podremos reclamar nuestra independencia del Imperio reuniéndonos colectivamente y tomando en conjunto el control de nuestras necesidades de protección, salud, cobijo y comida más allá del momento de la insurrección.

No importa el idioma que habla, el dios al que le reza, la moneda que utiliza, el mundo unificado por el Imperio no

es compatible con ningún otro. Y nos lleva directamente a la aniquilación de las condiciones de vida en la Tierra. Solo reconoce la hegemonía del mundo global, un mundo medido, cartografiado, planificado... y vuelto inhabitable en su carrera macabra. Si no actuamos, nuestro fin llegará antes que el suyo. No hay vuelta atrás ni status quo que valga. Solo nos queda una marcha hacia adelante, a veces decidida, a veces azarosa. Para guiarnos, solo sabemos de dónde venimos. Romper con nuestro prisma nacional y pensar en una política desde ya internacionalista. Reconstruir un mundo *donde quepan muchos mundos*. Mundos compatibles, en devenir, y a su vez tensionados por conflictos y contradicciones. Construir un plan común entre esos mundos. Un plan que nos permita desbordar el Imperio, acelerar su caída e imaginar lo que sucederá después.



¿revolución?

Y VA A CAER | RUPTURA POR INSISTENCIA | EL DILEMA ORGANIZACIONAL | OPTAR POR LA AUDACIA, MEDIR LOS RIESGOS | DEFENDER LA REVOLUCIÓN | EVIDENTEMENTE, EL PODER POPULAR

En 2011, lo que los comentaristas llamaron la “Primavera Árabe”, los pueblos insurrectos lo denominaron “thawra” (revolución). Revolución en Burkina Faso (2014), la “revolución de la dignidad” en Ucrania (2014), una “revolución de primavera” en Myanmar (2021), la “revolución de nuestro tiempo” en Hong Kong (2019), la revolución de Jina en Irán (2022). “¡Revolución! ¡Revolución! ¡Revolución!” coreaba la multitud de chalecos amarillos en los Campos Elíseos (2019), recordando a los ricos y privilegiados de París un estribillo amenazador del cual pensaban haberse librado para siempre.

Unos años después de su fulgurante regreso, el hecho de que tan pocos estén planteando la pregunta revolucionaria es una prueba de la fuerza de la contrarrevolución que está en marcha. El hecho de que tantas personas se hayan identificado como revolucionarias no es un signo de un entusiasmo mal ubicado o de una ilusión juvenil. Nunca debemos subestimar lo que el verdadero movimiento está anunciando; hacerlo implica el riesgo de ser arrastrados por los torrentes de la historia.

La revolución no es un evento que estudiar, una teoría por desarrollar, un cuerpo frío a diseccionar. Es una pregunta constante que nos hacemos. Ese es el *nosotro/a/es* que da forma a este texto. Y, contrariamente a lo que ideologías, intelectuales y profetas han afirmado siempre, la respuesta nunca es absoluta o eterna; solo puede ser momentánea, provisional, parcial. Un destello de verdad. Hemos tratado de reunir los fragmentos dispersos, ensamblarlos, e interrogarlos para ver qué pueden contarnos sobre el futuro.

y va a caer

La erupción de las revueltas populares desde 2011 ha vuelto a poner al orden del día la idea de irrumpir en palacios y parlamentos. Para muchos participantes en los estallidos sociales, la revolución fue sinónimo de la caída del régimen impuesto. Sin embargo, las esperanzas suscitadas por la destitución de los poderes establecidos en Yemen, Libia, Egipto, Túnez y Ucrania han sido de corta duración. El golpe de Estado autoritario o liberal, la intervención extranjera, la crisis económica, la

guerra civil... La caída de los tiranos estuvo muy lejos de significar la victoria de la revolución.

Muy por el contrario, el fracaso en derrocar dictaduras en Siria o Irán no ha significado la ausencia de revolución. El rechazo del *hijab* (velo) obligatorio y del control sobre la “moralidad” impuesto por la República Islámica constituye per se una fractura radical. Asimismo, la capacidad de les revolucionaries de Siria para organizarse y administrar colectivamente los territorios liberados del Estado, fue una ruptura irreversible con el régimen totalitario de Assad. Esto explica por qué, trece años después, a pesar de la brutalidad de la contrainsurgencia desatada en su contra, la bandera de la revolución sigue ondeando alto en las provincias del norte de Siria que permanecen fuera del control del régimen, así como en la provincia rebelde de Sweida, en el sur del país. Tanto en Siria como en Irán, la revolución ha sido un punto de inflexión existencial, y el sistema se ha visto parcial pero indudablemente quebrantado en cuerpos y mentes. Y significa que, aunque tenga que pasar otra generación para arrancarlo de raíz, tarde o temprano, caerá.

Ningún evento único puede poner fin a todas las formas de dominación. Durante mucho tiempo, la imagen por excelencia de la revolución fue la de una *gran noche* decisiva. Pero el repetido fracaso en el intento de lograr un cambio profundo y duradero “tomando el poder central” y los eternos llamados de las organizaciones tradicionales a esperar hasta que “las condiciones sean las adecuadas”, han llevado a varies de nosotros a abandonar el ideal de la caída del régimen como un horizonte estratégico y a buscar otras alternativas de eman-

cipación. Para estas personas, la revolución se ha convertido en un proceso que comienza sin esperas. Es una marcha determinada y gradual hacia una transformación profunda, encarnada en un conjunto de eventos, actos, intervenciones, ideas, sentimientos y prácticas cotidianas. “El tiempo de la revolución es ahora”, dicen las feministas en Argentina. La revolución ya no se concibe como un horizonte distante, un gran evento que cambiaría el curso de la historia; es una forma de vivir y luchar en el *aquí* y el *ahora*.

El gran desafío es entonces desarticular las estructuras que nos oprimen, con un imperativo estratégico principal: dejar de sacrificar los medios - o la lucha de algunas de nosotras -, en nombre de un fin último que siempre se pospone. Esta concepción de lo político como transformación y no como conquista del poder, reubica la política revolucionaria en la praxis y en lo íntimo, que tanto ha faltado en el trabajo de organizaciones y activistas. Estas búsquedas intentaron construir una vida radicalmente nueva, desde una nueva relación con el deseo, el dinero, el cuidado, la comunidad e incluso con su propia lucha.

Ver la revolución como un proceso no es incompatible con la convicción de que el momento de la insurrección es un instante clave. Sea cual sea el resultado, una revuelta popular siempre es un evento decisivo. Incluso cuando es derrotada, deja tras de sí experiencias encarnadas irrefutables, e innumerables semillas que continuarán germinando con el paso del tiempo. Si, por otro lado, se logra derrocar al régimen, entonces algo nuevo comienza, tan prometedor como peligroso.

Ruptura por insistencia

Concebir la revolución sin una ruptura, permanecer ajeno a las oportunidades que surgen sin anunciarse, conlleva el riesgo de que nuestros gestos y acciones sean indiferentes al mundo que nos rodea. Para muchos de nosotros, el proceso revolucionario significa construir autonomía material y política, a través de formas colectivas o territoriales de autosuficiencia. Esta búsqueda por desvincularse de los centros se ha extendido a los bosques, montañas y ciudades del mundo. La construcción de la autonomía ha dado lugar a espacios que están firmemente arraigados en el mundo, pero que van en contra de la marcha infernal impuesta por el Imperio. A veces heredera de una historia milenaria, a veces recién llegada, la autonomía puede adoptar muchas formas. Puede representarse en una asamblea local, una cooperativa agrícola, un comedor comunitario, un sindicato de barrio, una red transnacional de solidaridad queer o un colectivo de medios de comunicación.

Pero, la construcción de autonomía, que es costosa en términos de tiempo y energía, puede convertirse fácilmente en una evasión si no está abierta al movimiento real, dispuesta a ser sobrepasada y desafiada por él. Una insurrección ideológicamente “pura” no existe. Y los momentos de revuelta popular son oportunidades únicas para multiplicar nuestras fuerzas y escalar nuestros experimentos. Sin ese cambio de escala abierto en la revuelta, corremos el riesgo de permanecer aisladas, desarmadas, en nichos “alternativos”, que pueden ser fácilmente absorbidos por el capitalismo o el Estado. Perma-

necer encerradas detrás de nuestras certezas y experiencias cotidianas nos condena a un fracaso perpetuo. El riesgo de concebir la autonomía como una temporalidad invariable, puntuada por más o menos agitación, es de bloquearnos en una guerra de trincheras cultural, que solo podemos perder debido a los colosales recursos de nuestros adversarios. No podremos vivir como realmente deseamos si no derribamos los aparatos de poder que regulan la vida social e imponen su control sobre nuestros lugares de vida y organización. Y no podremos derribarlos solos.

La insurrección rompe el aislamiento. Permite grandes saltos hacia adelante, propicia encuentros sin precedentes y constituye un momento de ofensiva masiva, indispensable para generar puntos de inflexión y cambios irreversibles. Ya sea que seamos miembros de una cooperativa agrícola, un medio independiente, un grupo de afinidad o una organización social, estar preparadas para la erupción del movimiento real nos permitirá desplegar nuestras fuerzas a la mínima oportunidad que se presente.

Proceso y evento. Quizá esta sea la revolución en profundidad: una intersección de dos formas de ver y experimentar la revolución. Por un lado, la construcción presente, paciente y continua de nuestra autonomía, la meticulosa preparación para nuestro encuentro, el fortalecimiento de nuestras fuerzas. Por otro lado, la naturaleza explosiva y eruptiva del levantamiento, con su concentración excepcional de energías, su inigualable despliegue de potencia popular, su incontrolable creatividad. Las revoluciones profundas son posibles gracias

a secuencias de insurrecciones que alcanzan y superan sus límites, en busca de esa *ruptura por insistencia*, como dice un compañero chileno.

Nunca partimos de cero. Cada insurrección, cada experimento de poder popular, cada asalto al Imperio forma parte de un movimiento más profundo, que está tanto detrás como delante de nosotras, bajo la superficie y al acecho en el horizonte. Antes de convertirse en una ola imparable, el agua siempre es una simple corriente en medio del océano. Y vuelve a serlo después de romper contra la orilla. Debemos aprender a actuar como un flujo subterráneo tanto como un tsunami. Quizá, este sea el verdadero significado del mantra de la revolución en Hong Kong: *Be water my friend (sé agua, amigo mío)*.

el dilema organizacional

Las revueltas populares contemporáneas han sido a menudo heterogéneas y difusas. Rara vez han sido lideradas por organizaciones tradicionales, ni definidas por ideologías políticas preexistentes. Pero la autoorganización más o menos espontánea y horizontal, aunque impresionante en sus primeros días, no ha resultado ser suficiente. La naturaleza descentralizada de nuestros estallidos fue tanto su fortaleza como su debilidad. La falta de una capacidad organizativa coherente o de una visión estratégica a medio o largo plazo, combinada con la dificultad de mantener tácticas de confrontación en las calles, nos dejó atrapados entre la represión y la cooptación. En algunos casos, fallaron organizaciones que asumieran la causa revolucionaria.

En Ecuador, durante la insurrección de 2019, importantes organizaciones indígenas y sindicales fueron capaces de movilizar a millones de personas de todo el país y llevarlas a la capital para reforzar la multitud en revuelta. Debido a su fuerza de convocatoria, recursos logísticos y habilidades de coordinación, el movimiento fue capaz de confrontar a las autoridades en varios frentes y, finalmente, obtener la retirada de las medidas gubernamentales impugnadas. Esta impresionante capacidad de movilización nos recuerda la fuerza que pueden tener las organizaciones, pero también sus peligros.

Mucha gente se ha desencantado con las organizaciones tradicionales de izquierdas debido a sus tendencias burocráticas, sus intentos de cooptar el movimiento o su deseo de dirigirlo. La intervención de las organizaciones siempre conlleva el riesgo de obstaculizar el despliegue de la insurrección y frenar la naturaleza radical de sus demandas, su creatividad y, a veces, incluso sus incipientes instituciones populares. Ya sea desde la extrema derecha, los fundamentalistas religiosos o ciertos sectores organizados de izquierdas, siempre habrá grupos que intenten imponer su propia agenda durante las revueltas. Sin coherencia organizativa y estratégica, es difícil evitar que estas facciones se apropien del movimiento, dejándonos en manos de sus estrategias.

Una organización es tanto una concentración de energías y recursos como un conjunto de vínculos capaz de impulsar una fuerza colectiva. En ciertos contextos, la intervención de las organizaciones puede ser necesaria, no solo para evitar que el movimiento sea secuestrado por fuerzas reaccionarias

o liberales, sino también para ayudar al movimiento a lograr sus objetivos. Pero, ¿cómo se puede limitar el poder de las organizaciones en un momento insurreccional? ¿Cómo podemos protegernos de los efectos centralizadores que inevitablemente producen? ¿Cómo podemos fortalecer al movimiento en su conjunto y no solo a la organización?

Una organización genuinamente revolucionaria busca acuerparse con el movimiento, esforzándose por aumentar la fuerza de los poderes populares emergentes, manteniendo viva la llama de la revuelta incluso a riesgo de extinguirse a sí misma. Y solo puede hacer esto evitando imponer su propia agenda, su propio dogma, su propia manera de hacer o decir las cosas.

En muchos estallidos sociales, detrás de la aparente espontaneidad de las formas de autoorganización, encontramos relaciones y vínculos previos: comunidades locales, afiliaciones políticas, instituciones religiosas o tradicionales, sociabilidades laborales, deportivas o vecinales. Juntas forman el sustrato que permite que algo más que el caos exista. Pero, ¿qué nos permite, en medio de la turbulencia, formular una estrategia coherente entre las fuerzas que actúan a favor de la revolución? En la revolución sudanesa, fue la hibridación entre las experiencias organizativas del movimiento estudiantil, de ex militantes del Partido Comunista y de las fuerzas creadas en la revuelta popular, que dio lugar a los Comités de resistencia.

Las experiencias más prometedoras han sido aquellas en las que ha habido un *encuentro* entre formas partidistas, de organizaciones construidas durante muchos años, y nuevas formas surgidas del acontecimiento. Los encuentros solo ocu-

ren cuando ambas partes se transforman. La disposición a cambiar es fundamental para cualquier fuerza revolucionaria. *Traza planes, pero dibújalos con lápiz grafito.*

optar por la audacia, medir los riesgos

Ninguna fuerza por sí sola será capaz de crear un plan común y darle vida. Pensarnos parte de un movimiento que va más allá de nosotros, y no como una organización o bloque sectario que ha de ser defendido por encima de todo, significa actuar y pensar de forma complementaria y no competitiva. El poder de un movimiento común implica encontrar las combinaciones tácticas que mejor se adaptan a las distintas situaciones vividas. El movimiento kurdo articula la lucha armada con la participación electoral en municipios y en la asamblea turca. En Myanmar, el movimiento de resistencia pacífica por la democracia se ha transformado en lucha armada con el apoyo de una diáspora que recauda fondos mediante eventos queer y videojuegos online. Les revolucionaries libaneses han construido cooperativas autogestionadas, además de intentar reactivar las organizaciones profesionales.

Evitar fetichizar un modo de lucha sobre otro y poner a prueba nuevas hibridaciones. Rechazar la rigidez táctica e ideológica nos abre la puerta a nuevas formas de diseñar estrategias transformadoras. Nadie puede decir a priori lo que debería constituir a un acto revolucionario. Un movimiento gana fuerza si escucha, explora y conecta con cada uno de los diferentes mundos en lucha. Evitando el dogmatismo en la

militancia, así como la pose estética, pero sin descuidar jamás el desarrollo ético.

Las preguntas éticas no son algo contingente a la estrategia revolucionaria: constituyen su núcleo. Definir en conjunto *cómo* hacer las cosas. Medir los riesgos que asumimos nosotros y todas las demás partes. No perder de vista lo que nos movilizó en conjunto en un comienzo. Recordar siempre lo que nos diferencia de las fuerzas contrarrevolucionarias. Estos principios nos permiten trazar nuestro camino a través de la convulsión de un estallido social. Si no queremos reproducir el tipo de poder contra el que luchamos, no debemos confrontarlo o considerarlo como un rival. Al quedarnos cara a cara, enfrentándonos, mirándonos y desafiándonos, terminamos por replicar a nuestros oponentes en un juego de espejos. Cuando las fuerzas revolucionarias buscan vencer a los centros siguiendo sus propias reglas, se convierten en un reflejo torpe y deformado de los mismos.

El proceso de articulación estratégica incluye aprender de los experimentos pasados y presentes. En los últimos años, hemos vuelto a ver cómo los movimientos que se enfocan en la vía institucional, en su intento por lograr un cambio concreto y a expensas de la construcción de su autonomía material y política, terminan una y otra vez siendo asimilados por el poder. Y aquellos movimientos que asumen que pueden perseguir tanto la vía revolucionaria como la institucional de forma paralela, terminan completamente exhaustos. En Argentina, las feministas disolvieron la paralizante dicotomía que separa la reforma de la revolución al divisar posibles victorias en la adopción de re-

formas institucionales directas, como la legalización del aborto. Pero, acosadas por fuerzas fascistas, tras varias derrotas en el plano institucional y alianzas estériles con un progresismo impotente y desacreditado, el movimiento se encontró a sí mismo incapaz de preservar su fuerza interna. Perdiendo así los medios para lograr la autonomía política. Cuando la vía institucional fracasó, no existía ninguna otra estrategia alternativa.

Tanto Syriza en Grecia como Podemos en España parecen haber llegado al mismo callejón sin salida al decidir centrar su atención en espacios del poder institucional: pactando con políticas neoliberales, distanciándose de las movilizaciones populares, desmovilizando la protesta en las calles, y generando sentimientos de decepción y traición entre sus bases. Pero permanecer fuera de las instituciones no es ni un objetivo ni una cuestión de principios. Una reforma, unas elecciones y tal vez incluso una candidatura presidencial puede, en ciertos momentos, servir a la causa revolucionaria. Siempre y cuando tales situaciones ayudan a fortalecer el movimiento y su autonomía, y que no son simplemente una oportunidad para lanzar la carrera política de inevitables oportunistas. A la hora de componer tácticas y articular estrategias, la audacia abre nuevos caminos y la cautela nos cuida.

defender la revolución

Cuando los centros pierden terreno político, las armas entran en escena. Esta cruda realidad condena a la guerra a la mayoría de las revoluciones. Recurrir a la lucha armada es rara vez

una decisión estratégica. Es el nivel de violencia estatal que determina si y cuándo nos vemos obligadas a tomar las armas. El pacifismo es incapaz de defenderse de un Estado, o de sus grupos aliados, dispuestos a exterminar a toda una población con el objetivo de aplacar así una revuelta. Pero la llegada de las armas a un movimiento revolucionario supone siempre una amenaza para su supervivencia, puesto que, en el momento en el que aparecen, todo el movimiento se ve afectado.

Multitud de revolucionaries afirman que fue la militarización del movimiento lo que les hizo poner fin a su participación activa en una insurrección; señalando el momento en el que “ser parte de la revolución” se convirtió en sinónimo de “llevar un arma”. Son muchas veces precisamente las mujeres y las disidencias sexogénéricas quienes se ven relegadas en un segundo plano del movimiento cuando este se militariza. El uso de la violencia armada marca el curso del movimiento de manera irreversible, y sirve para legitimar una represión aún más violenta de los pueblos por parte del Estado. En caso de encontrarnos en este contexto, nuestra preocupación principal debería ser que tomar las armas no ha de cambiar los objetivos del movimiento, ni tampoco su composición o su tejido político. Cuando tomar las armas resulta inevitable, tenemos que esforzarnos por evitar que la lucha armada se convierta en el único horizonte de la revolución. Multiplicar los medios de acción para que la insurrección no se reduzca a una supervivencia en el campo militar.

Cuando las fuerzas armadas estatales desertan, como ocurrió en Túnez y Egipto en 2011, algo clave se pone en juego. Este

momento determina la capacidad de la revolución para defenderse. A menudo, los desertores traen sus armas consigo, pero esto no basta para enfrentar al arsenal estatal. El acceso a las armas y los recursos económico para obtenerlas se convierte en el alfa y el omega de la lucha revolucionaria, sirviendo como justificación para establecer alianzas que, por muy útiles que parecieran en el momento, terminan por resultar peligrosas, e incluso fatales, cuando ya es demasiado tarde.

Desgraciadamente, es casi siempre la relación de fuerza armada la que determina el abanico de posibilidades de una revolución. La naturaleza profundamente asimétrica del enfrentamiento con el aparato estatal y sus superpoderes deja a los revolucionarios en una situación de verdadera desventaja. Siria y Sudán, ejemplos de dos de las revoluciones más prometedoras y profundas de nuestros tiempos, han sufrido esta dolorosa experiencia. Ciudades y pueblos enteros reducidos a escombros y bañados en sangre; millones de personas desplazadas de sus hogares. Tardará generaciones enteras sanar estos traumas.

La victoria de la resistencia o de los movimientos revolucionarios no se reduce a disponer de la mayor cantidad de armas posible. Se trata de impedir que los adversarios tengan la oportunidad de usar las suyas. El problema de la defensa de la revolución es un asunto tanto militar como político. Siempre que sea posible, el desafío probablemente consista en desactivar de forma efectiva el aparato militar antes de que sea demasiado tarde. Bloquear cuarteles, apresar generales y desarmar las instituciones. Pero incluso si tenemos éxito ¿qué sucede luego? ¿Qué podemos hacer cuando una intervención extranjera o un

intento de contraofensiva interna trata de recobrar el control por la fuerza? E incluso si eso no ocurre, ¿qué pasa con las milicias y bandas armadas que, como en Haití y Ecuador, buscan sacar provecho de la situación? Cuando las armas intervienen, un alzamiento popular puede fácilmente convertirse en una cacofonía de autoritarismos en pugna entre sí, dejando a los pueblos en manos de caudillos de todo tipo.

La relación entre lo local y lo transnacional, y la naturaleza de los vínculos que se crean entre pueblos, fuerzas revolucionarias y organizaciones populares en diferentes partes del mundo, son cruciales para evitar que las revueltas se queden aisladas. El apoyo internacional es uno de los principales recursos con los que cuenta el campo revolucionario, capaz de ejercer una presión considerable según la situación. En el mejor de los casos, puede llegar a evitar el derramamiento de sangre y, en el peor, al menos ayudar a ganar algo de tiempo para organizar la autodefensa. Este es uno de los horizontes del internacionalismo revolucionario.

evidentemente, el poder popular

“¿Por qué construir un contrapoder? Somos el pueblo. ¡Deberíamos tener poder!”. Esta reflexión de un manifestante de los Chalecos Amarillos durante una asamblea en Francia, es quizás la mejor expresión de la aspiración de poder popular que hemos oído. La revolución que deseamos no consiste en rechazar el poder ni en negarlo. Eso implicaría dejarlo constantemente en manos de nuestros adversarios. No podemos

conformarnos con ser siempre un dique, una brecha, o una oposición a la dominación de los centros, aun si fuera permanente. Por el contrario, el poder popular es la búsqueda activa y la construcción dinámica de un modo colectivo de forjar una nueva legitimidad, de ejercer un tipo distinto de poder.

Por todas partes, las revueltas de los últimos tiempos han tratado de incrementar los poderes populares, o al menos de evitar que unos pocos acaparen todo el poder. En Siria, Hong Kong, Ucrania o Argelia, algunas de nosotras pensaron que lo lograrían al exigir un estado democrático. En Estados Unidos, con la abolición y el recorte de fondos destinados a la policía. En Francia, mediante la creación de un Referéndum de Iniciativa Ciudadana permanente. En África Occidental, al expulsar a los neo colonos franceses y a sus acólitos. En Kurdistán, al establecer el confederalismo. En Chile, al cambiar la constitución del dictador. Los pueblos en revuelta querían más poder, pero eso no siempre implicó que quisieran gobernar.

Otras de nosotras consideramos que ampliar el poder del pueblo implicaba, por encima de todo, crear los poderes populares en el corazón de la revuelta y en lo que esta deja a su paso. Desde abajo, desde lo que ya ha empezado a transformarse, empezar a construir los principios del autogobierno que podrían servir como la arquitectura post-revolucionaria. Construir poder autónomo sin dejárselo a unas pocas vanguardias, líderes, oficiales o nuevos gobiernos. Destituir el poder central y constituir el poder popular.

Para no dejar el campo libre a los políticos de antaño, los Comités de resistencia de la revolución sudanesa elaboraron una

propuesta para el futuro del país. La *Carta para el Establecimiento del Poder Popular* esboza una nueva forma de Estado. Propone el establecimiento de un gobierno localizado y ascendente, en el que las formas de organización civiles y populares surgidas de la revolución mantengan su voz en el proceso legislativo y en el equilibrio de poderes. También exige una distribución justa de la riqueza del país y el fin del expolio perpetrado por potencias extranjeras, vengan de donde vengan. Con esta propuesta, los sudaneses trataron de defender la revolución sin recurrir a las armas. Aunque la revolución sudanesa parece estar arrinconada en un sangriento impasse, todavía no ha dicho sus últimas palabras. Tal y como dijo un compañero sudanés: *la revolución se ha convertido en una religión en Sudán.*

En México, la lucha por la autonomía de los poderes populares y la *defensa de la revolución* no ha cesado desde la primera década de revueltas en 1910, que culminó en la fundación del Estado mexicano. Durante más de cien años, a pesar de los intentos de contrarrevolución liberal impulsadas por los Estados Unidos, de las décadas de captura del poder por el Partido Revolucionario Institucional, y de los acomodos de la izquierda socialdemócrata, se ha ido tejiendo una sabiduría, paciente y estratégica, en cada territorio, desde las tierras indígenas hasta los barrios populares de las grandes ciudades. Una sabiduría que ha aprovechado algunos avances de la revolución incompleta, como cierta autonomía indígena, la reforma parcial de la tierra y formas comunales de propiedad. En un país presentado como “uno de los más violentos del mundo”, movimientos populares de habitantes, sindicatos de maestras

rurales, consejos indígenas, autodefensa comunitaria, centros de salud autónomos brotan y persisten. Y, aunque estos experimentos se ven todavía amenazados por multitud de fuerzas reaccionarias, incluido el narcoestado, han demostrado su capacidad para enraizarse y resistir en el tiempo.

El poder popular es lo opuesto a la impotencia. Significa darse tiempo para avanzar en conjunto, poco a poco, paso a paso. *Poder. Popular.* Estas palabras hablan por sí solas. *Poder* como la capacidad de actuar, de decidir, de hacer. *Popular* como diversidad, multiplicidad, como lo directo, lo transversal, como en aquí y en tantas otras partes, como en ahora y en tantos otros tiempos. El poder popular como una garantía contra futuras transacciones electorales, como una ofensiva contra la normalidad impuesta y como único antídoto contra el fascismo.

*

* *

Si la revolución es una pregunta, entonces no podemos ganar ni perder. Solo las batallas se ganan o pierden. Son siempre parciales, en ocasiones decisivas, pero jamás definitivas. La revolución es el deseo inextinguible de dignidad, y la búsqueda incesante de *cómo* encarnarlo en el mundo.

¿Cómo podemos proteger a los poderes populares recién nacidos del riesgo de una guerra civil? ¿Existe alguna alternativa a las armas o constituyen estas el ineludible horizonte de la revolución? ¿Resulta necesario establecer un poder revolucionario a escala “nacional” en sustitución de aquel contra el que

luchamos? ¿Es esta una etapa indispensable para lograr un cambio definitivo? O, por el contrario, ¿deberíamos consolidar el poder popular en todas partes para evitar que sea sometido por un nuevo aparato estatal, por muy revolucionario que este sea? No tenemos las respuestas a estas preguntas que han sido formuladas tantas veces ya. La búsqueda de una teoría de la que poder extraer la fórmula de la victoria no lleva a ninguna parte. Solo podemos experimentar, apostar por algo y articularnos con estrategias más o menos fructíferas. Algunos basarán sus respuestas en la fuerza de las organizaciones revolucionarias, otros en formas emergentes de poder territorial, otros lo harán incluso en el poder aglutinador de las religiones e ideologías. Y habrá algunos que basen sus respuestas en una ingeniosa mezcla de todas estas opciones.

El camino de la revolución no es una línea recta. Se parece más a un haz de estrellas. Destellos de luz alumbrando la noche, cada uno apuntando hacia dónde seguir de forma más clara que el anterior. Hasta que atravesamos el punto crítico y ya no hay vuelta atrás.



volver a empezar

“Al amanecer, armados de una ardiente paciencia, entraremos a las espléndidas ciudades”.

En los últimos cinco años, encuentro tras encuentro, empezamos a tejer una red que trasciende las fronteras de las naciones y los cuerpos, enraizada en una miríada de experiencias de espacios y territorios que buscan transformar el mundo y gobernarse a sí mismos. Se trata de una red compuesta por personas y colectivos que vieron en el ciclo de revueltas populares desde 2011, una fuente de energía y una señal de grandes convulsiones en el horizonte.

Hemos inventado un espacio donde revolucionaries de los comités de resistencia de Jartum pueden intercambiar sus

análisis con feministas y participantes de asambleas territoriales en Santiago. Donde se mezclan las voces de la juventud de los pueblos ocupados de GotaGoGama de Sri Lanka con las de militantes de las luchas ecológicas en Estados Unidos. Donde la experiencia de organizaciones populares desde los barrios obreros de la Ciudad de México dialoga con aquella de los Consejos locales de la revolución siria. Y donde agricultores libaneses e iraquíes se conectan con defensores de los territorios de Abya Yala. En este espacio, apenas un mes después de la revuelta en Irán de 2022, exiliadas iraníes y kurdas pudieron debatir con activistas de los movimientos de base en África Occidental sobre qué significaba derrocar el régimen y el sentido de la palabra “revolución”.

A partir de ahí, nos pusimos a sentar las bases de un nuevo tipo de fuerza transnacional. Una fuerza alimentada por la puesta en común de nuestras experiencias y análisis, que se da los medios para asegurar que estos sean seguidos por acciones. Una fuerza capaz de apoyar concretamente a los movimientos e insurrecciones actuales y futuras.

I. Crear un espacio de vinculación transnacional

Nuestra primera tarea es organizar nuestro encuentro. Multiplicar, en todos lados, las conexiones entre los diversos focos del movimiento revolucionario emergente en todo el mundo. Crear las condiciones materiales y logísticas para un debate planetario que dé nueva vida y realidad a la pregunta de la revolución. Sostener un espacio que nos habilita ir más allá de los

vínculos e intercambios existentes, para avanzar hacia un diagnóstico y estrategias comunes. Gracias a su consistencia en el tiempo y sus diversas modulaciones geográficas, este espacio nos permitirá dibujar los contornos y horizontes en los que podamos ser cada vez más en reconocernos y encontrarnos.

II. Mutualizar y multiplicar nuestros recursos

No puede haber una fuerza revolucionaria sin poder material. Clarificar y hacer explícitas nuestras perspectivas, ampliar e incrementar las circulaciones entre nuestros territorios, nos ofrece la posibilidad de encontrar recursos materiales y financieros, así como alianzas y herramientas que, una vez puestas en común, aumentarán nuestra capacidad de actuar.

Queremos establecer una red de ayuda mutua material lo antes posible para que podamos actuar rápido en momentos excepcionales como guerras, desastres climáticos o estallidos sociales. Y buscaremos al mismo tiempo construir las infraestructuras perennes que permitan la autonomía de nuestras luchas a largo plazo. Combinar ambas temporalidades es una clave que debemos encontrar para que nuestros movimientos puedan sostenerse, mantener su independencia y crecer en fuerza.

Los recursos que disponemos a nuestras pequeñas escalas pueden parecer infinitesimales frente a la magnitud de la tarea propuesta. Pero todes hemos experimentado circunstancias en las que no solo todo parecía posible, sino que todo ocurrió, cada gesto inspirando docenas de otros a lo largo del camino.

El apoyo mutuo revolucionario, como el coraje, pueden ser contagiosos cuando llega el momento.

III. Mapear una constelación de lugares amigos

Para reunirnos y organizarnos, necesitamos lugares. Lugares discretos pero accesibles de acogida, a los que cualquier persona que se vea obligada a huir de un país pueda acudir. Necesitamos lugares de refugio, retiro, cuidados y protección, lugares donde podamos encontrar un respiro y recargar nuestras energías. También precisamos de espacios dedicados a todas las dimensiones de la subsistencia o de la formación. Y de otros para bailar, hacer música, compartir películas, crear en conjunto y compartir sabrosas comidas. Muchos de estos lugares ya existen: están esperando ser colocados en un mapa común. Conectarlos será un proceso planetario de vecindad, *hacer barrios* de este mundo, de *mujawara* como dicen nuestros compañeros libaneses. Esta puesta en común materializará nuestro compromiso mutuo de un barrio a otro, de un pueblo a otro, de una granja a otra.

Por supuesto, no todos tenemos las mismas posibilidades de movilidad. Construir rutas seguras y dignas de exilio, imaginando múltiples territorios interconectados y etapas para facilitar el escape y las circulaciones, es un gran desafío tanto para nosotros como para todos quienes han estado trabajando en esta lucha durante años. Encontrar los canales y las astucias que permitan regularmente superar las barreras físicas y administrativas. Organizar convocatorias de masas para

abrir el camino en caravanas organizadas. Que estos itinerarios también sean etapas para viajes de regreso, idas y vueltas, mientras las fronteras estatales se fisuran bajo la acción persistente de nuestros flujos.

IV. Producir una cultura revolucionaria transnacional

Difundir nuestros análisis, compararlos, hacer resonar en todas partes las experiencias de compañeros de diferentes territorios, para cultivar en conjunto una educación política a la altura de nuestro tiempo. A mediano plazo, poner en marcha los medios para una gran ofensiva cultural en cada uno de nuestros países y espacios, para propiciar el regreso de un internacionalismo popular, desde abajo y no alineado. Trabajar en la construcción de sinergias entre diferentes tipos de organizaciones políticas, territoriales y comunitarias, medios de comunicación independientes, canales de difusión, grupos de traducción y espacios culturales.

La tarea que tenemos por delante es recuperar la legitimidad y volver a darle realidad a la perspectiva revolucionaria, evitando que nuestras luchas caigan en el aislamiento. Urdir en las palabras y acciones, a través de los tiempos y espacios, las historias y experiencias que nuestros adversarios tratan continuamente de separar. Vincular las conciencias y los cuerpos, entrelazando las diferentes hebras de un movimiento revolucionario internacional, ya existente y todavía por construir. En vez de ver las estrellas separadas en el cielo, proponemos leerlas como constelaciones.

del improbable, lo posible

Cada sueño, cada esperanza, cada búsqueda de otra vida está en suspensión en un frágil equilibrio, oscilando entre la sombra de la duda y el resplandor de la certeza. Estamos en un cruce de caminos donde nuestras aspiraciones de cambio se enfrentan a las realidades de un mundo en derrumbe. Desde aquí, solo nos quedan tres opciones: seguir viendo cómo el Imperio nos arrastra hacia el abismo, fingiendo no saber adónde nos lleva; rendirnos al pánico general y quedarnos inmóviles esperando el fin; o elaborar meticulosamente nuestro plan de escape, apostando a que del improbable podemos extraer lo posible. Debemos descubrir un horizonte revolucionario no solo para sobrevivir, sino también para *vivir al fin una vida que valga la pena vivir*.

Estamos empezando a construir hoy lo que podrá soportar las tormentas de mañana. Creemos que es precisamente ahora que debemos ampliar y consolidar nuestros vínculos. Nuestros respectivos contextos seguirán deteriorándose en los próximos años, pero apostamos a que, en el corazón del derrumbe, los puntos de inflexión de todo tipo serán la ocasión para grandes rupturas y transformaciones mayores que podemos aprovechar a nuestro favor, siempre cuando estemos preparados. Cada paso que damos, cada obstáculo que superamos, nos acercamos un poco más a victorias reales. Victorias que puedan ofrecer algo de consuelo a las almas de todas las personas queridas que hemos perdido en el camino, y que aún esperan descansar en paz.

Para estructurar esta nueva fuerza que deseamos convocar y dar forma a sus acciones, todavía queda mucho por imaginar, construir y realizar. Su éxito dependerá de la resonancia que encontrará la propuesta que hemos hecho aquí. Dependerá del número y la determinación de las personas dispuestas a caminar en conjunto por algunas de las pistas que hemos esbozado. Somos conscientes de la envergadura del trabajo por hacer. Seguimos aprendiendo de los fracasos y conocemos la paleta de amenazas que cuelgan sobre nuestras cabezas. Las predicciones no están de nuestro lado. Es posible que no podamos cambiar el rumbo del viento a nuestro favor, ni ser el tsunami que pueda derribarlo todo. Pero es un riesgo que estamos dispuestas a correr. Como nos dijo una amiga catalana: hay tiempos en que no correr riesgos es un riesgo.



design by propagatio

cet ouvrage a été reproduit et achevé d'imprimer
par l'imprimerie sepec à péronnas en octobre 2024.
imprimé en france.